HARLEQUIN

BIANCA

Susan Stephens

PASIÓN CULPABLE



La familia Ford había provocado la muerte de su hermano, y ahora Sophie trabajaba para él Javier iba a obtener la venganza que tanto deseaba de una manera muy placentera.

Sophie seguía siendo virgen, pero su aparente seguridad hizo que Javier pensara que se resistía a la atracción que había entre ellos sólo para seducirlo. A medida que la sensualidad de Sophie se despertaba, Javier notaba cómo se le derretía el corazón.

¡Ésa no era la venganza que él había planeado!



Susan Stephens

Pasión culpable

Bianca (Ardiente venganza, 8) - 1510

ePub r1.0
LDS 20.04.16

Título original: *The Spaniard's Revenge*
Susan Stephens, 2004
Traducción: Olga Cadenas Delgado

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Prólogo

El hombre que había sentado en el sofá parecía infinitamente más tranquilo que el equipo de reporteros y cámaras que llenaban la estancia, en la que también estaba el equipo de maquillaje y peluquería.

El hombre hizo una señal para que todos se fueran. En aquel momento, una de las maquilladoras se quedó mirándolo con la boca abierta y no reaccionó.

—Ya basta —dijo él de repente—. No me gusta el maquillaje.

Todas se apartaron rápidamente de él, menos ella.

—Fuera —dijo Javier Martínez Contreras.

A la chica se le llenaron los ojos de lágrimas y Javier se arrepintió de la dureza de su tono. Se puso en pie para pedirle disculpas, pero la chica ya había salido de su apartamento del palacio presidencial.

¿Qué demonios le estaba ocurriendo? Carraspeó enfadado y su jefe de planta pidió que le llevaran agua.

Javier se volvió a sentar sin reparar en el lujo de la estancia ni de los candelabros de plata ni de los maravillosos cuadros que colgaban de las paredes.

Estaba pasando una temporada invitado personalmente por el presidente en su casa, pero él había vivido con la misma opulencia toda su vida.

Aquello no significaba nada para él. Por eso, había estudiado Medicina y se había perdido en Perú en un proyecto muy importante para él.

Apretó los dientes y esperó a que llegara la periodista que lo iba a entrevistar precisamente sobre aquel proyecto.

Cuando llegó, observó cómo la maquillaban mientras ella se revolvía un tanto incómoda. Javier sabía que ése era el efecto que tenía en las mujeres. Lo deseaba y podría acostarse con ella en cuanto terminara la entrevista.

Pero no lo necesitaba. No necesitaba a nadie. Le gustaba estar solo.

Capítulo 1

¡JAVIER Martínez Contreras! ¿Estás seguro, Henry? —exclamó la doctora Sophie Ford cuando su jefe le dio la noticia. —El doctor Martínez Contreras es uno de los mejores médicos de Europa. Tenemos suerte de contar con él —contestó el doctor Whitland—. Es el médico más preparado para ocuparse del programa de vacunación de Perú.

Pero Sophie no lo escuchaba. A su mente acudían imágenes de unos increíbles ojos azules y de una melena de color castaño con reflejos rubios del sol…

—¿Sophie?

—Lo siento, Henry, ¿qué me estabas diciendo?

Henry frunció el ceño.

—Me han dicho que el doctor Martínez Contreras es un inconformista. Por lo visto, media España es suya, pero el lujo no lo atrae. Él prefiere dedicarse a invertir en programas médicos, así que le debemos estar agradecidos.

Sophie seguía sin decir nada.

—¿Qué te pasa? ¿Sabes algo sobre él que deberías haber dicho antes?

Sophie se preguntó si se habría presentado voluntaria a aquel proyecto de haber sabido quién lo dirigía. Probablemente, no.

—No, Henry. Por lo que yo sé, el doctor Martínez Contreras no tiene trapos sucios —contestó sonrojándose levemente al darse cuenta de que aquello no era del todo cierto.

—Lo dices como si lo conocieras.

—Sí, conocía a su familia cuando era pequeña —admitió Sophie.

—Ah.

—¿Y a él? —insistió Henry.

Sophie sabía que Henry no iba a dejar el asunto hasta que hubiera obtenido la información que buscaba. Estaba interesado en ella y todo el mundo lo sabía.

Sophie recordó a Javier. La última vez que lo había visto ella era una adolescente con las hormonas un tanto revolucionadas, pero ahora era médico y tenía otras cosas mejores en las que pensar que en él.

—Perdona mi interés, pero me he dado cuenta de que cada vez que menciono su nombre te sonrojas. Sé que no es asunto mío, pero…

—Me hubiera gustado saber quién era el jefe del equipo —contestó Sophie encogiéndose de hombros.

—Martínez Contreras prefirió que no se supiera hasta el último momento —le explicó Henry—. ¿Te quieres retirar del proyecto?

—No —contestó Sophie con determinación.

Si surgieran problemas con Javier, podría con ellos. Miró el reloj y se dio cuenta de que quería irse de allí cuanto antes.

—¿Tienes prisa? —le preguntó Henry algo molesto—. Quería hablar contigo de otras cosas. —Tengo que volver al trabajo…

—Ahora que lo dices, recuerdo algo del doctor Martínez Contreras.

Sophie se tensó.

—Recuerdo que alguien me dijo que se produjo un terrible accidente en España y… ¿tus padres no se divorciaron poco después?

—Sí —contestó Sophie secamente—. Si me disculpas, Henry…

—Te acompaño —dijo Henry poniéndose en pie—. Seguro que al doctor Martínez Contreras le hace mucha ilusión verte.

Sophie sonrió, pero no pensaba lo mismo. —Gracias, Henry —contestó educadamente. —¿Te apetece que cenemos juntos esta noche para hablar de tu nuevo proyecto?

—No sé…

—Venga, será una cena rápida… si quieres, vamos a esa brasserie que a ti te gusta tanto.

—¿La que tú odias? —sonrió Sophie.

—No es que la odie, es que ponen la música un poco alta.

—Muy bien, quedamos a las ocho allí.

Sophie se alejó por el pasillo diciéndose que no era que no le

gustara estar con Henry sino que todavía no había decidido qué papel desempeñaba en su vida.

Lo cierto era que Henry había demostrado que era el mentor perfecto, un colega leal y un verdadero amigo.

Quizás, cuando Sophie estuviera preparada, también sería un marido perfecto. Mientras pensaba en ello, Sophie jugueteaba con el anillo de amatistas que le había regalado Henry.

No se trataba de un anillo de compromiso sino de un regalo de amistad.

—Mira por la ventana —le dijo Evie, la piloto—. Estamos llegando.

Sophie admiró el paisaje que tenían ante sí y, mientras Evie aterrizaba, se fijó en una silueta alta y delgada que las esperaba junto a una furgoneta.

—Supongo que te han dado un equipo de radio, así que si ese monstruo de la sexualidad intenta propasarse contigo, llámame, ¿de acuerdo? —sonrió.

—Sé cómo tratar a Javier Martínez Contreras

—le aseguró Sophie despidiéndose de la piloto—.

Hace muchos años que nos conocemos. —Obviamente, hace muchos años que no lo ves. —No, la verdad es que no —admitió Sophie—.

Cuando yo lo trataba, era un hombre encantador… —¿Encantador? Sí, se ve que la gente cambia mucho. Te doy una semana —dijo Evie parando la avioneta junto al nuevo jefe de Sophie.

Y allí estaba.

Javier abrió la portezuela y asomó la cabeza. Al hacerlo, el tórrido calor del exterior se apoderó de la cabina.

—Muy bien, la doctora Ford ha llegado sana y salva —le dijo la piloto—. ¿Te importaría firmarme el…?

—¿Estás de broma? —bramó Javier.

Sophie se apresuró a desabrocharse el cinturón de seguridad.

—Así que eres tú —dijo Javier cuando Sophie se acercó a la puerta del aparato.

—Supuse que lo sabrías —contestó ella con calma pues no

quería discutir con él.

—¿Y cómo iba a saberlo?

—Pensaba que Henry te lo habría dicho…

—Henry no tiene ni idea de lo que pasa aquí fuera. No puede ponerse en contacto conmigo cuando estoy en la selva, se lo he dicho mil veces. En cualquier caso, no he venido a hacer de chofer, no estoy aquí para dedicarme a llevar pasajeros de un lado para otro.

—¿Pasajeros? ¡Yo he venido a trabajar!

—¿Ah, sí? Pues deja que te diga que por aquí no hay ninguna clínica cutre en la que puedas hacer el tonto.

Sophie se mordió la lengua. No pensaba entrar al trapo. Le habían bastado dos minutos con Javier para darse cuenta de que la única manera de trabajar con él iba a ser controlando sus emociones.

Entendía que estuviera sorprendido de verla y le habría gustado que hubiera tenido tiempo para asimilar la noticia. Entendía perfectamente que verla de repente le hiciera recordar un pasado y a una familia, la suya, que tenía todas las razones del mundo para odiar.

Era cierto, Javier había cambiado mucho. El Javier que ella conocía jamás la hubiera tratado así.

Sophie intentó bajar las escalerillas de la avioneta, pero él se lo impidió dando un puñetazo en la puerta.

—¡Quítate del medio! —le advirtió Sophie mirándolo con dureza.

—Me encantaría quedarme para ver cómo termináis —intervino Evie—, pero está anocheciendo y me tengo que ir ya.

—Gracias por haberme traído —le dijo Sophie bajando su bolsa de viaje.

—De nada —contestó la piloto.

—Un momento —insistió Javier enfadado—. Vuelve a subir a la avioneta, Sophie.

Pero Sophie ya se había apartado del aparato y se alejaba de él todo lo rápido que podía.

—¡Buena suerte, Sophie! —le gritó Evie mientras daba la vuelta a la aeronave para despegar.

Mientras el motor de la avioneta comenzaba a rugir y se

levantaba una gran nube de polvo, Sophie le dio las gracias y Javier tomó su bolsa.

—Gracias.

«Por lo menos, sigues siendo todo un caballero», pensó Sophie.

Pero Javier no cargó con su bolsa sino que se la puso a Sophie al hombro y avanzó hacia su furgoneta.

—A ver cuánto aguantas —la retó.

—Puede que te sorprendas.

—Lo dudo.

Javier maldijo su suerte. ¡Sophie Ford! Sacudió la cabeza asqueado.

—Muchas gracias por tu confianza.

—No me des las gracias por nada todavía. En menos de una semana, me vas estar suplicando que quieres volver a casa.

—Ni lo sueñes —murmuró Sophie frotándose los ojos, que se le habían llenado de polvo.

Javier le abrió la puerta y le ofreció la mano para ayudarla a subir, pero ella la ignoró.

—Donde voy, no hay lugar para ti —le dijo una vez que estuvieron los dos en el coche.

Aparte de las consideraciones personales, Javier necesitaba personal fuerte para aquel proyecto y no a una rubia con la manicura perfectamente hecha.

—Este proyecto es demasiado para una chica de ciudad como tú.

—He venido y me voy a quedar, Javier —le aseguró Sophie—. Será mejor que te hagas a la idea. Has pedido médicos cualificados y yo lo soy. Por lo tanto, me necesitas.

—La semana que viene llegará otra avioneta y tú te irás en ella —ladró Javier.

—Te recuerdo que he firmado un contrato —contestó Sophie mirándolo enfadada.

—¿Y qué? Te indemnizaré.

—No hay suficiente dinero en el mundo para que me compres, Javier —le aseguró Sophie—. He venido a trabajar y no hay absolutamente nada que me vaya a hacer cambiar de parecer.

—Lo que me faltaba —se quejó Javier con impaciencia—. Una mujer cabezota.

—¿Demasiado para ti?

Javier sonrió con desprecio y puso la furgoneta en marcha.

Mientras conducía a toda velocidad por los caminos de tierra, Sophie se preguntó qué hacía uno de los hombres más ricos de España en mitad de la selva peruana.

Cuando se dio cuenta de que Javier la estaba mirando de reojo, se puso a mirar por la ventana. Aquel hombre era demasiado hombre y no había manera de escapar de él en un espacio tan reducido.

¿Así trataba a las mujeres ahora? Se lo imaginó buscando una compañera con la que pasar un rato de placer y a la que apartaba rápidamente de su lado en cuanto los sentimientos afloraran.

Aquello le dio pena.

Sophie decidió concentrarse en el trabajo, pero no le resultaba fácil olvidar aquel accidente del pasado por el que obviamente Javier hubiera preferido no volver a verla.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y estás muy bien —comentó él sorprendiéndola.

Sophie comenzó a abanicarse con algo que había encontrado en el asiento. Además de la altísima temperatura del exterior, estar con él en aquella cabina de dimensiones tan reducidas que, por supuesto, no disponía de aire acondicionado se estaba volviendo insoportable por momentos.

—Te estás abanicando con mi colada limpia —le informó Javier quitándole la prenda de las manos.

¡Eran sus calzoncillos!

—Dóblalos y ponlos detrás —le indicó.

—No pienso…

—Hazlo —insistió él.

Sophie pensó que tenía seis meses para domar a aquel tigre y que porque cediera una vez no iba a pasar nada.

Capítulo 2

TRAS un buen rato en silencio durante el cual Sophie intentó mantener una postura digna, el cuello empezó a dolerle y no tuvo más remedio que relajarse.

Entonces, aprovechó para fijarse en Javier.

—¿te gusta lo que ves?

—Simplemente estaba pensando que has cambiado —mintió ella con calma.

Lo cierto era que aquel hombre la excitaba sobremanera. Siempre había sido guapo, pero ahora además era peligroso.

—¿Y eso es bueno o malo?

Era bueno porque a Sophie le gustaba el pelo que llevaba ahora, más corto y oscuro, su piel bronceada de fuertes rasgos seguía siendo la misma, aquella boca y esos increíbles ojos…

—No me contestas, ¿eh? ¿Eso es bueno o malo? —insistió Javier.

Su voz reverberaba en el pecho de Sophie como un instrumento de viento.

—Es bueno por una parte pues me alegro de volver a verte —admitió Sophie por fin—, pero también tiene su parte mala pues tú preferirías que no estuviera aquí.

—En eso tienes razón —contestó Javier con brusquedad.

Sophie se enfadó consigo misma por haber caído en su trampa y haber hablado con sinceridad y se puso mirar por la ventana.

—¿No hablarme es una manera de castigarme? —preguntó Javier al cabo un rato.

Sophie se preguntó qué hacía allí. Podría practicar la medicina en cualquier otro lugar. ¿El destino? No, ella no creía en eso. ¿Henry? Aquello parecía más probable.

—¿No te has casado todavía? —añadió Javier.

—¿Para qué? ¿Para tener que aguantar a un hombre como tú? —contestó Sophie con irritación—. En cualquier caso, no es asunto tuyo. Trabajo para ti, pero mi vida personal es mía. He venido para quedarme, será mejor que te hagas a la idea.

—Tú dormirás aquí —le dijo Javier abriendo una puerta de metal—. Yo me voy mañana por la mañana a la selva.

Sophie dejó la bolsa en el suelo mientras Javier, con los pulgares en las hebillas del pantalón, echaba un vistazo a su alrededor. Probablemente, con la esperanza de que aquel horrible barracón hiciera que Sophie le rogara que quería volver al Reino Unido.

«Por lo menos, está limpio», pensó Sophie. —Muy bien —contestó—. Estaré preparada al amanecer.

—Me voy yo, no tú —dijo Javier—. Tú te quedas aquí.

—¿De verdad?

Estaba agotada, pero no pensaba rendirse sin presentar batalla.

—Sí, de verdad —contestó Javier—. Mira, Sophie, hay que hacer un montón de cosas. Ha llegado mucho material médico y hay que organizarlo…

—Pues haber pedido un auxiliar administrativo —lo interrumpió ella.

—Aquí trabajamos en equipo y nos repartimos el trabajo.

—Entonces, propongo que nos encarguemos los dos de organizar esto y, una vez terminado, nos iremos los dos a la selva.

—Mi idea era…

—Me doy perfecta cuenta de cuál era tu idea —sentenció Sophie mirándolo con dureza.

Aquel hombre había cambiado. Javier se había convertido en una persona muy compleja.

—Voy a deshacer el equipaje y a cambiarme de ropa —anunció Sophie con la esperanza de que aquello sosegara los ánimos.

—Muy bien —contestó él.

Sophie se apresuró a abrir la bolsa para no tener que aguantarle durante más tiempo la mirada.

—¿Quién duerme aquí? —quiso saber al ver que había varias camas.

—Yo y todo el que pasa por aquí —contestó él encogiéndose de

hombros.

Sophie tragó saliva presa del pánico. Había ido allí a trabajar y debía olvidar todos los aspectos personales que la relacionaban con su nuevo jefe. —Siento mucho si no es de tu agrado pues no es el hotel Ritz precisamente, pero es todo lo que tenemos hasta que podamos construir algo mejor. —Está bien para mí, gracias —contestó Sophie—.

Lo único que no esperaba era tener que compartir este lugar contigo, pero me imaginaba que no iba a ser nada lujoso —añadió —. ¿El baño?

—¿El baño? —se burló Javier—. Según sales a derecha y el tercer arbusto a la izquierda…

—Muy bien —dijo Sophie—. Veo que no voy a llegar a nada siendo educada contigo, así que vamos a dejar las cosas claras. Guárdate tu ironía porque no me asustas.

—Como quieras —contestó Javier levantando las manos en actitud de rendición.

—¿Cuándo voy a conocer al resto del equipo? —¿Estás impaciente?

—Sí, por empezar a trabajar —contestó Sophie. «A ver si así, estando ocupada, dejó de pensar-en ti».

—El resto del equipo ya está en sus puestos de trabajo —contestó Javier.

—¿Y yo qué puesto ocupo?

Javier la miró con dureza. Si hubiera visto en la lista su nombre, jamás la habría dejado ir. No estaba por la labor de admitir que el único puesto que quedaba libre en el equipo era el de segundo de abordo, es decir, un médico dispuesto a acompañar a Javier a todas partes.

—¿Tienes hambre?

—No has contestado a mi pregunta.

—Y tú no has contestado a la mía.

Se quedaron mirando a los ojos en silencio durante unos momentos hasta que Sophie percibió cierto cambio en las pupilas de Javier y apartó la mirada.

—Hablaremos de tu trabajo durante la cena —anunció él.

—No sé qué relación tendrás con las demás mujeres del equipo, pero quiero que quede una cosa muy clara, Javier. Jamás mezclo el

trabajo con el placer y no me pareces atractivo en absoluto —le espetó Sophie.

—Veo que tienes hambre —murmuró él.

Sophie tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar la antigua atracción que sentía por aquel hombre y se recordó lo mucho que quería aquel trabajo.

—Sí, tienes razón. Lo cierto es que tengo hambre —admitió orgullosa de haber conseguido hablar en tono calmado.

—Vamos a comer algo, entonces, y ya terminarás de deshacer el equipaje más tarde —propuso Javier abriéndole la puerta para que saliera.

La cocina resultó ser todavía más básica que los barracones que hacían de dormitorios. Sólo había una cocina que funcionaba con bombona de gas, un fregadero cuyo grifo no paraba de gotear y unas estanterías rudimentarias en las que había unas cuantas latas de comida de origen incierto.

—Pareces preocupada —observó Javier muy contento—. ¿Te quieres volver ya a casa?

—No —contestó Sophie.

—Muy bien —dijo Javier alcanzando un cajón de madera lleno de verduras frescas—. El jefe de una tribu cercana me trae cosas. Ayer mismo, me ofreció a su hija.

Aquel comentario molestó a Sophie sobremanera.

—¿Y aceptaste?

—Era broma —confesó Javier.

—Muy gracioso —contestó Sophie fijándose en las verduras.

—A ver qué tenemos por aquí.

Mientras Javier rebuscaba en el cajón de madera, Sophie no pudo evitar fijarse en sus musculosos brazos y en sus fuertes manos.

En la muñeca derecha, lucía una pulsera de cuero que Sophie sabía había pertenecido a su hermano Armando.

Ante aquello, Sophie entristeció. Era obvio que la vida de Javier había quedado marcada por aquel accidente. Comprendiendo que debía de ser la última persona en el mundo a la que le apetecía ver, Sophie se dijo que debía tratarlo con suavidad.

Javier la estaba mirando e, instintivamente, miró de reojo la

pulsera de cuero. Sophie vio el dolor en sus ojos y rezó para que no siguiera culpándose de la muerte de su hermano.

En aquel momento, le hubiera gustado alargar la mano y tocarle la mejilla para consolarlo, pero la dura expresión de su rostro le indicó que era mejor que no lo hiciera.

—Vamos a hacer sopa —anunció Javier dejando claro que no quería hablar del pasado—. Esto parece pachamama.

—¿Qué es eso?

—Sopa de carne con verduras.

—¿Carne?

—¿Sigues siendo vegetariana?

—Lo siento.

—No pidas perdón por eso.

Lo había dicho como si Sophie tuviera cosas mucho más importantes por las que pedir perdón.

—¿No echas de menos a aquella maravillosa cocinera que tenía tu madre en Casa Contreras? —le preguntó de repente.

Nada más hacerlo, se dio cuenta de que no debería haberse adentrado en el pasado.

—No echo de menos nada de mi anterior vida excepto ver a mis padres —contestó Javier.

—Pero vivir con tanta opulencia y ahora esto…

—¿Opulencia? ¿Olvidas cómo murió mi hermano? Opulencia… —contestó Javier mirándola con dureza.

—No, no lo he olvidado —contestó Sophie con amabilidad.

—No vuelvas a hablar de ello —le ordenó Javier.

Sin embargo, Sophie se dio cuenta de que había sido él quien había hablado de la muerte de su hermano.

Javier se dio la vuelta enfadado consigo mismo. Su peor pesadilla se estaba haciendo realidad. Cada vez que miraba a Sophie veía a su padre. Tenía los mismos ojos azules y el mismo pelo rubio.

Las mujeres como ella sólo servían para una cosa. Con aquel pensamiento en mente, se le ocurrió un plan de venganza. ¿No decían que la venganza era un plato que se servía frío?

La pequeña Sophie Ford se había convertido en un jugoso melocotón y él comenzaba a tener hambre.

—También tenemos papa a la Huancaina —comentó Javier

como si fuera un cocinero dando clases a sus alumnos.

Sophie sintió cierto alivio al ver que Javier se relajaba tras haber viajado diez años atrás, al momento del accidente. Era evidente que no quería enfrentarse al dolor sino que se había aislado del mundo.

Aquél no era el Javier que ella conocía. Este hombre no quería a nadie ni a nada, se trataba de un hombre que había olvidado cómo amar.

—Parece especialmente preparado para ti. Son patatas con queso y una suave salsa picante —añadió Javier siguiendo con sus explicaciones.

—Maravilloso —contestó Sophie.

—Y de postre, tenemos fruta tropical: papaya, mango y fruta de la pasión.

—¿Qué le has tenido que dar a cambio de todo esto? —intentó bromear Sophie.

—¿Te importa? —preguntó Javier volviendo a su anterior actitud beligerante.

—No, mientras no haya sido una doncella virgen, la verdad es que no —contestó Sophie en un último intento de reducir la tensión entre ellos.

—¿Es ésa la idea que tienes de mí? —ladró Javier.

—Por supuesto que no —contestó ella asustada ante la intensidad de su mirada.

Javier se giró y encendió el gas de la cocina, dando por terminada aquella conversación.

Sophie se dio cuenta de que tenían ante sí un largo camino para volverse a conocer mutuamente. La impetuosa adolescente que ella había sido había desaparecido exactamente igual que el joven aristócrata con ganas de vivir la vida que había sido Javier.

Mientras cenaban, hablaron de los tratamientos del asma, una enfermedad que Sophie sufría desde la infancia.

Tras fregar los platos, Sophie puso una excusa para irse a la cama pronto.

A la mañana siguiente, la despertaron unos golpes en la ventana. Se incorporó y vio que se trataba de una pareja peruana. La mujer sonreía abiertamente mientras el hombre parecía más reservado.

Sophie miró a su alrededor y vio que la cama de Javier estaba sin deshacer. ¿Dónde estaría? Se levantó y vio que había una nota

sobre la mesa.

La tomó entre las manos y fue a abrir la puerta mientras la leía.

Juan y Lola te cuidarán bien.

Automáticamente, Sophie hizo una bola con la hoja de papel y no siguió leyendo. ¡Javier se había ido sin ella!

Capítulo 3

SOPHIE abrió la puerta furiosa.

¿Pero qué se habría creído Javier?

Sin embargo, cuando la mujer comenzó a hablarle, Sophie se tranquilizó.

—Bienvenida a Perú, doctora Ford. Me llamo Lola y éste es mi marido, Juan.

—Encantada de conocerlos. Es un gran alivio para mí que hablen inglés porque…

—Yo sí que estoy aliviada de dejar de ser la única mujer por aquí —la interrumpió Lola—. Deja la moto por ahí, Juan —le ordenó a su marido.

—¿Han venido en moto? —preguntó Sophie mientras un plan comenzaba a formarse en su cabeza.

—Sí —contestó Lola—. Mi marido está un poco loco y se cree un ángel del infierno.

—¿Me la dejarían?

—¿Para qué? ¿Dónde quiere ir? Doctora Ford, esto no es Londres sino Perú y aquí hay osos y monos.

—¡Maravilloso!

Lola la miró con curiosidad.

—Lo que quiero decir es que si le importaría que su marido me condujera hasta donde está Javier. Verá, me he dormido esta mañana y se ha tenido que ir sin mí —mintió Sophie.

Mientras Sophie veía pasar los desfiladeros a sus pies, deseó que Lola no hubiera accedido a su petición.

Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, fue porque sintió un

repentino y brusco movimiento en la moto y se vio en el suelo.

—¡Estúpida! —oyó exclamar a Javier.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó dándose cuenta de que le dolía todo el cuerpo.

—Oí la moto —gruñó él acercándose a ella para examinarla—. ¿Por qué la has traído? —añadió mirando a Juan.

—Lola me lo pidió porque la doctora había insistido —contestó el hombre.

—No pasa nada — lo tranquilizó Javier—. Ve a lavarte y a comer algo antes de volver.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sophie mirando a su alrededor y apartándose de él.

—¿Te duele la pierna?

—¿Dónde estamos? —insistió Sophie—. ¿Me vas a contestar o no?

—Estamos en el Rancho del Cóndor —contestó Javier—. Es un balneario de lujo y me parece que a ti te vendría bien un buen baño.

—¡El Rancho del Cóndor! —exclamó Sophie enfadada intentando ponerse en pie.

Al hacerlo, comprobó que la pierna le fallaba y tuvo que agarrarse a lo único que tenía cerca: Javier. —¿Qué voy a hacer contigo? —se lamentó él con dureza tomándola de la cintura.

Percibió que estaba temblando y se dijo que debía examinarla por si hubiera sufrido algún golpe interno.

—Podrías haberte matado y entonces…

—¿Y entonces qué? ¿Te habría importado? —le espetó Sophie furiosa.

—Y entonces me habría quedado con un médico menos —contestó Javier.

—Ahora comprendo —comentó Sophie mirando a su alrededor.

—¿A qué te refieres?

—A tu doble moral —lo acusó Sophie. —¿Por qué dices eso?

—Porque tú vives aquí mientras los demás nos alojamos en inmundos barracones.

—Te equivocas…

Sophie intentó avanzar, pero el dolor en la pierna se lo impidió. Le dolía tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se

controló para no llorar delante de Javier.

—Deja que te vea la pierna… —No —ladró ella apartándose.

—Vamos dentro a que te bañes antes de que te pase algo más —le ordenó Javier tomándola en brazos.

—Suéltame, por favor, suéltame —imploró Sophie presa del pánico.

Le daba pavor ceder el control a un hombre, a cualquier hombre, y más a Javier. Y todo porque era un hombre de lo más viril, con todo lo qué ello conllevaba: sexo, fuerza y violencia.

Aquellas tres palabras se repitieron una y otra vez en su cabeza como un mantra mientras Javier avanzaba con ella en brazos hacia uno de los lujosos edificios.

—Bájame, por favor, creo que voy a vomitar —insistió Sophie.

—Eres demasiado melodramática. Soy médico, así que estoy acostumbrado a ver vómitos.

—Lo digo en serio.

—Ya hemos llegado —anunció él dejándola en el suelo ante una de las casas más exuberantes—. Tienes un baño dentro, así que entra y vomita si quieres.

Sophie tomó aire varias veces para tranquilizarse.

—Ya me encuentro mucho mejor, gracias.

—Entra —insistió Javier con impaciencia abriendo la puerta.

Sophie sentía que el cuerpo le quemaba allí donde su piel había estado en contacto con las manos de Javier.

—¿Qué te parece? —le preguntó él una vez dentro.

—Muy bonito —contestó Sophie observando el interior, en el que convivían piezas de artesanía popular con los equipos de audio y televisión más avanzados del momento.

—Me alegro de que te guste.

—Sí, me encanta. Me encanta que tú estés alojado en un sitio tan bueno mientras el resto del equipo no tiene ni siquiera agua caliente para ducharse.

—Esto no es…

—¿Esto no es para compartir con los demás? —lo interrumpió Sophie—. Veamos… una cama enorme de madera de teca… vaya, con sábanas de algodón… dos sofás, varias revistas y libros… ¿aire acondicionado? —añadió avanzando hacia otra estancia—. ¿Y aquí que hay? Ah, sí, vaya, el baño del que me has hablado, ¿verdad?

Muy bonito, todo de mármol…

Javier la siguió de cerca.

—¡Pero si tiene incluso bañera de hidromasaje para dos personas! —exclamó ella indignada.

—¿Quieres que la estrenemos? —dijo Javier mirándola divertido.

Sophie sintió que le flaqueaban las piernas. Había algo más en sus ojos, algo que hizo que a Sophie se le endurecieran los pezones.

El Rancho del Cóndor era un lugar mágico que parecía fuera del tiempo real y, por un momento, Sophie se sintió como en otro mundo. Un mundo en el que desapareció el temor a la fuerza masculina que le había atenazado toda su vida como consecuencia de los malos tratos que su padre había infligido a su madre.

Estaba en una zona remota de Perú, en un lugar de lo más romántico y en compañía de Javier.

La oportunidad era única.

Lo miró. Estaban muy cerca y percibía su olor. Sophie alargó ambos brazos y lo agarró de la cintura.

Javier dio un paso atrás.

—¿Qué haces? —le dijo.

No era lo que él había planeado. Quería poseer a Sophie, pero con sus condiciones. Aun así, no pudo evitar fijarse en sus voluminosos pechos ni en la dureza de sus pezones.

No le costó mucho imaginársela desnuda, jadeando bajo su cuerpo y rogando para que la hiciera alcanzar el clímax.

Entonces, decidió hacerla esperar, castigarla de alguna manera. Aquello le proporcionó un increíble placer, como si de alguna manera hubiera bajado al infierno para hacérselo pagar a su padre.

La miró a los ojos y vio que Sophie se encontraba perdida. Sí, le iba a dar todo el sexo que ella quisiera, pero cuando a él le viniera en gana.

—Te voy a mirar la pierna —anunció en tono profesional—. Me parece que en este armario hay un botiquín de primeros auxilios.

Sorprendida, Sophie se dio cuenta de que estaba enfadada y avergonzada ante lo que había hecho y ante la reacción de Javier.

—Parece que conoces bien este sitio —le espetó.

—Sí —admitió Javier—. El rancho es de mi madre y vengo por aquí de vez en cuando para asegurarme de que todo va bien.

Sophie comprendió su error y se mordió el labio inferior.

—Bájate los pantalones —le dijo Javier.

—Prefiero enrollármelos —contestó Sophie.

Javier la miró impaciente mientras Sophie se subía la pernera del pantalón.

—¿Te quieres estar quieta? —le dijo mientras le aplicaba un antiséptico en la pantorrilla.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí? —preguntó Sophie para intentar no pensar en él.

—No pensaba quedarme ni un solo día. Sólo he venido a controlar unas cuantas cosas que mi madre me había pedido que mirara., Este lugar es muy importante pues da trabajo a mucha gente de la zona.

—¿Fue idea de tu madre?

—Fue un regalo que yo le hice para que estuviera ocupada después de…

Javier se interrumpió y Sophie lo miró con cariño. Era un hombre difícil, pero tenía sentimientos.

Ahora entendía por qué todo en aquel lugar era tan precioso. Llevaba impreso el sello de la elegancia de la madre de Javier, que era italiana. Sin duda, ella también debía de odiar a toda su familia.

Aquello hizo que Sophie se estremeciera.

—¿Te hago daño? —preguntó Javier malinterpretando su reacción.

—No, en absoluto —contestó Sophie.

—No te has hecho nada, sólo unos rasguños. —Gracias, doctor.

—De nada.

Durante un breve momento, mientras Javier se ponía en pie, estuvieron a punto de sonreírse, pero luego, como si hubieran recordado de pronto los papeles que el pasado les obligaba a desempeñar, los dos subieron la guardia de nuevo.

—Debería llevarte de nuevo al campamento. Sería más fácil…

—¿Para ti o para mí? —lo interrumpió Sophie—.

No pienso dejar que me dejes al margen, Javier. —Ya hablaremos de esto mañana por la mañana

—contestó Javier—. Ha sido un día muy largo. Espero que encuentres todo lo que necesites —añadió yendo hacia la puerta como si tuviera prisa por alejarse de ella.

—¿Me vas a hacer lo mismo de ayer? ¿Vas a desaparecer?

Javier sonrió haciendo que Sophie sintiera un escalofrío por la espalda.

—Si quieres, me puedo quedar a dormir contigo para que eso no ocurra. —¿Conmigo?

—Es una cama muy grande. —¡Ni en sueños!

—Estoy en la habitación de al lado, si necesitas algo —le dijo Javier—. ¿Por qué no das buen uso de esa bañera de hidromasaje y te cambias de ropa para cenar? Durante la cena, podremos hablar de tu trabajo.

—Me temo que no tengo más ropa —contestó Sophie.

—No hay problema, ya sabes cómo es mi madre. Hay una tienda en el complejo donde podrás comprar lo que quieras. Nos vemos dentro de una hora.

Una vez a solas, Sophie se dio cuenta de que no tenía dinero para ir a la tienda. Sin embargo, había un albornoz en el baño y decidió cenar con él.

Una vez a solas en su habitación, Javier se preguntó por qué entre todos los médicos que había en el mundo el destino le había enviado a Sophie Ford.

Para colmo, la deseaba cada vez más.

¿Por qué no se acostaba con ella inmediatamente? Tal vez, porque la última vez que la había visto era sólo una niña…

Javier fue hacia la ventana y se quedó mirando la oscuridad.

Pero ahora era toda una mujer y un miembro de la familia Ford. Se merecía todo lo que le pasara.

«La cacería ha empezado», murmuró Javier. Lo único que le preocupaba era que su madre se enterara de que tenía una relación con una mujer de la familia Ford y eso hiciera que volviera a enfermar.

Se relajó diciéndose que su madre jamás se enteraría de lo que tenía pensado para Sophie.

Sí, se acostaría con él porque era una mujer moderna que entendía sus necesidades sexuales. La ironía de todo aquello lo excitaba sobremanera.

Sophie podría haberse quedado toda la noche en el baño de espuma, pero oyó una voz en la habitación y se envolvió en el albornoz para ir a atender a la persona que había entrado en su

habitación.

Sin embargo, no encontró a nadie, sólo varias bolsas y una nota.

Considéralo un anticipo de tu sueldo. Javier.

Sophie no quería aceptar aquello, pero se dio cuenta de que no tenía más remedio. Abrió las bolsas y se puso ropa interior limpia y nueva.

Se sonrojó al comprobar que Javier había acertado con la talla del sujetador. Intentando apartar aquel pensamiento de su mente, se puso unos pantalones anchos de color crema y una camisa sin mangas de color azul cielo.

—¿Estás lista? ¿Puedo pasar?

—Un momento —contestó Sophie recordándose que la cena era solamente para hablar de trabajo.

—Cúbrete porque allá voy —anunció Javier entrando.

La encontró entre todas aquellas bolsas, parecía una niña el día de la entrega de regalos de Navidad. Se le encogió el corazón como jamás habría pensado-que le iba a ocurrir.

—¿Quieres que vuelva más tarde?

—No, ya estoy —contestó Sophie—. Te has pasado, no sé cómo te voy a pagar todo esto.

—No te preocupes, ya me lo pagarás de una forma u otra —murmuró Javier acercándose a ella.

—No estés tan seguro —dijo Sophie mirándolo a los ojos.

La cena resultó ser la comida más deliciosa que Sophie había probado en su vida, hecha a base de pasta con delicadas salsas y ensaladas que sedujeron su paladar.

—Espero que hayas dejado sitio para el postre —le dijo Javier.

—No sé si voy a poder —contestó Sophie.

Estaban sentados en la terraza, en una pequeña mesa iluminada con románticas velas.

—Tienes que probarlo —insistió él haciendo sonar una campanita—. Por cierto, todavía no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo Sophie probando el delicioso bizcocho con helado.

—La que te he hecho en el coche sobre tu estado civil.

Sophie dio un respingo porque aquello la había tomado por sorpresa.

—Sí, sí te he contestado. Te he dicho que no era asunto tuyo y

así es.

—Por lo que dices, deduzco que no hay nada serio en tu vida —insistió Javier mirándola a los ojos.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta.

—¿En qué te basas?

—En algo muy simple. Si algún hombre hubiera conseguido conquistarte, no te soltaría tan fácilmente para dejarte volar hasta Perú.

—No soy un pájaro, Javier —dijo Sophie con frialdad—. Yo decido cuándo y dónde voy. ¿Podríamos cambiar de tema?

Javier asintió con la cabeza, pero había algo en sus ojos que puso a Sophie nerviosa.

—Podemos hablar de tu trabajo.

Sophie se relajó, pero se volvió a preocupar cuando, una vez terminada aquella conversación, Javier se puso a hablar de las habitaciones.

—¿Pero no me habías dicho que estabas en la habitación de al lado?

—En la recepción, sí —contestó él—, preguntando si había alguna habitación libre.

—¿Estás diciendo que no hay ninguna? —preguntó Sophie tragando saliva.

Javier se encogió de hombros.

—¿Y si así fuera? —sonrió Javier.

—No hay problema —contestó Sophie—. Duerme en la furgoneta.

Aquella contestación no hizo sino acrecentar el deseo de Javier.

—¿Tratas a todos los hombres así o es sólo conmigo? —preguntó divertido.

Sophie se preguntó si estaba intentando flirtear con ella y deseó poder agarrarse el corazón para que dejara de latirle tan fuerte y tan rápido. — —No te preocupes, hay un par de habitaciones libres —dijo por fin Javier poniéndose en pie.

—¿Te vas?

—Mañana hay que levantarse al amanecer.

Una vez a solas en su habitación, Javier sonrió satisfecho. Sí, Sophie Ford lo deseaba, pero no le iba a poner las cosas fáciles. Era

el tipo de mujer que había estado esperando toda su vida.

Sacó una cerveza de la nevera y se sentó en el sofá. Normalmente, se deshacía de sus amantes con algún regalo exclusivo, alguna joya o algo por el estilo, pero aquella vez sería diferente.

Aquello era una venganza y no se iba a molestar en quedar bien.

—

Sólo había un par de cosas que estropeaban aquella seducción perfecta. Sophie era exactamente igual que su padre y en lo más profundo de su ser Javier se sentía culpable. ¿Por engañar a una mujer inocente? No, Sophie había cambiado y era una mujer de lo más provocativa.

Lo cierto era que pensar en acostarse con ella lo estaba excitando tanto que no sabía cuánto iba a ser capaz de aguantar, pero el premio iba a ser tan increíble que tenía que controlarse.

Capítulo 4

VOY a tener que ir a zonas bastante salvajes —le advirtió Javier a la mañana siguiente ya en la furgoneta—. Podría ser peligroso… —¡Venga, por favor!

—¿Qué?

—No soy una niña pequeña, Javier —protestó

Sophie—. No hace falta que me avises de los peligros cada cinco minutos. Sé cuidarme solita y soy…

—¿Toda una mujer? —dijo Javier parando el coche a un lado de la carretera.

—Exacto.

—Bien, me parece bien. —¿De verdad?

—Baja —le indicó Javier—. Tenemos que estirar las piernas y comer algo.

—¿Comer? —preguntó Sophie que todavía no había digerido el desayuno.

—¿No tienes hambre? —No mucha.

—¿No hay nada que te tiente?

Sophie bajó del coche preguntándose si hablaba de comida o de otra cosa. Con Javier era imposible saberlo.

Había restos de un corrimiento de tierra y, aunque Sophie intentó tener cuidado, no pudo evitar caerse al suelo.

—¡Esto es peor que tener que cuidar a una niña de cinco años! —exclamó Javier tomándola de la mano y levantándola.

—Como si tú supieras mucho de eso —murmuró Sophie apartándose de él.

—¿Te has hecho algo?

—No.

—A ver… —¡No!

Javier la tomó de los hombros y se quedó mirándola a los ojos. Sophie sintió que le faltaba el aire. Javier le acarició los brazos sintiéndola temblar bajo sus caricias.

Podría haberla besado, pero prefirió no hacerlo. Le gustaba saber que Sophie quería más, tal y como demostraba el hecho de que sus pezones parecieran dos rocas que amenazaban con atravesar la camisa.

Intentó apartar de su cabeza la imagen y se contentó con haber salido airoso de aquella prueba. Sin embargo, por lo visto Sophie tenía otros planes. Le pasó los brazos por el cuello y Javier la dejó hacer.

Sophie sintió sus labios, pero al notar su erección no pudo reprimir un grito de terror.

—¡No!

Lo había dicho con tanto pánico que Javier dio un paso atrás y levantó las manos para que entendiera que no iba a hacer nada.

De nuevo, Sophie lo había sorprendido.

Sophie se dio cuenta de que Javier creía que estaba jugando con él. ¿Cómo explicarle que sólo los fantasmas del pasado la habían frenado?

—Lo siento —se disculpó—. Ha sido la sorpresa de haberme caído.

—Ayúdame a recoger leña —contestó Javier—. Tenemos que cocinar y que calentar el café.

Sophie se alegró de tener algo que hacer, pero cuando se sentó a comer frente a Javier la vergüenza no le permitió probar bocado.

—No vamos a cenar hasta dentro de varias horas —le advirtió él mirándola.

Sophie lo volvió a intentar, pero no consiguió que la comida le supiera a algo.

—Toma, bebe —le dijo Javier pasándole una taza.

Teniendo cuidado para no rozarle la mano, Sophie aceptó el café y, así, ir tragando la comida. No podía dejar de pensar en él, en que casi se habían besado. ¿Cómo era posible sentir tanta atracción por una persona y a la vez tanto miedo?

Había sido el miedo lo que la había llevado a apartarse de él. No era un miedo propio sino un miedo heredado, un miedo aprendido en la infancia. Recordó a su padre e hizo una mueca de disgusto.

Recordó a aquel hombre guapo, egoísta y cruel. Por lo visto, su mente asociaba la belleza de Javier también con las otras dos características. Por eso debía de ser por lo que una parte de ella se moría por tocarlo y otra se moría de miedo ante aquella posibilidad.

Y aunque las cosas salieran bien entre ellos, ¿qué pasaría cuando Javier se cansara de ella? También tenía la respuesta para aquella pregunta. Las parejas entraban en una horrible rutina, comenzaban a romperse las promesas, llegaba la bebida y… la violencia.

Sophie se estremeció y recordó a su madre. Su madre había sufrido aquello y mucho más, las palizas la habían hecho convertirse en otra persona, su padre la había humillado continuamente.

Cuando Javier recogió los platos y le anunció que era hora de irse, Sophie ya estaba tan concentrada en sus recuerdos que ni lo oyó ni se movió.

—Pareces agotada —observó Javier—. Así, no me sirves de nada. Será mejor que duermas mientras yo conduzco. Llegaremos a la clínica al anochecer y quiero que te metas en la cama inmediatamente.

Cuando llegaron a la clínica, reinaba el silencio y la oscuridad. Javier abrió la puerta y encendió las luces.

—Ya te enseñaré todo esto mañana —comentó guiándola hasta su habitación—. ¿Te has traído ropa?

—Sí, lo que me compraste en el rancho.

—Estupendo —murmuró Javier para sí mismo—. Un salto de cama de seda y un camisón transparente…

«¿Qué me compraste para que te sedujera?», se preguntó Sophie.

—Supongo que habrá por ahí alguna camiseta mía que puedas utilizar —comentó Javier—. Mañana llamaré para que alguien te traiga el resto de tus cosas del campamento base —añadió yendo hacia la puerta—. ¿Necesitas algo más?

«Sí, a ti», pensó Sophie.

Javier sonrió mientras ella se decía con determinación que debía vencer al miedo. No debía permitir que esa sensación gobernara su vida. Sabía que Javier no la iba a tocar aquella noche porque normalmente sentía sus intenciones sexuales que llegaban a ella

como en oleadas y aquella noche no las estaba percibiendo.

—¿Qué hay de esa camiseta?

Javier asintió y desapareció un momento.

Una vez a solas, Sophie se imaginó desnuda junto a él y se dio cuenta de lo mucho que lo deseaba. Si no tomaba ella la iniciativa, corría el riesgo de pasar aquella noche y muchas más sola.

Se rió al pensar que podría pasarse toda la vida sola.

—Te dejo la camiseta colgada del picaporte —anunció Javier—. Llámame si necesitas algo más.

Sophie se apresuró a ir hacia la puerta, pero él ya había desaparecido. Se puso la camiseta, que le quedaba grande por supuesto, se peinó un poco y se mojó los labios. Acto seguido, se tumbó sobre la estrecha cama en lo que a ella le pareció una postura sensual y lo llamó.

Javier apareció en la puerta, pero ni siquiera la miró.

—Te he traído una cosa —anunció.

—Pasa —le indicó Sophie.

Javier pasó, pero dejó la puerta abierta.

—¿No sientes una corriente fría? —dijo Sophie. —No —contestó Javier.

—¿Qué es eso que me has traído? —preguntó Sophie dándose cuenta de que aquello no se le daba bien.

—Esto —contestó Javier entregándole una vieja linterna.

Sophie le dio las gracias y, en ese momento, Javier alargó la mano y le tocó el pelo.

—¿Por qué te lo has cortado?

—Porque cuando empecé la carrera, no tenía tiempo…

—Qué pena —se lamentó Javier—. Me gustaba largo. Deberías dejártelo crecer otra vez.

Sophie intentó no fijarse en los músculos de sus brazos, pero lo cierto era que con cada segundo que pasaba se sentía más atraída por él.

Debía hacer algo. Era obvio que él también la deseaba. De hecho, había intentado acercarse a ella, pero lo había rechazado.

Sophie sentía el deseo correrle por las venas y se mojó los labios. Debía hacerle entender que lo que había ocurrido antes entre ellos estaba olvidado. ¿Pero cómo? ¿Debía desabrocharle la camisa? Sintió que el corazón se le desbocaba.

Javier se lo puso fácil apartándole de la cara un mechón de pelo. Sophie le tomó la mano y se la bajó hasta los labios y un poquito más abajo para que él entendiera que quería que le acariciara los pechos.

Javier se hizo cargo de la situación inmediatamente. Su pulgar encontró el pezón erecto mientras el resto de sus dedos acariciaban las generosas curvas.

Sophie tiró de él para que se tumbara en la cama. Con un suspiro de triunfo, Javier se tumbó a su lado mientras le acariciaba con una mano un pecho y daba buena cuenta del otro con la boca.

Sophie se estremecía y temblaba. Javier la miró a los ojos y Sophie vio en ellos pasión y…

—¡No!

Sólo había sido una palabra, pero bastó para separarlos. En un abrir y cerrar de ojos, Sophie se había levantado de la cama y estaba pegada a la pared con los brazos cruzados para protegerse.

Javier se puso en pie también y la miró con furia y desprecio.

—¿Qué demonios haces? —le espetó.

Sophie se dejó caer al suelo y se tapó la cabeza con los brazos presa del terror.

—¿Sophie?

Sophie no se movía.

—Sophie, ¿qué te pasa?

Javier no quería tocarla todavía.

Sophie estaba segura de que no la iba a volver a tocar jamás.

Estaba pálida y pensó que debía de estar agotada… aunque también parecía aterrorizada. Desde luego, no parecía estar fingiendo.

Aunque pudiera parecer increíble, existía la posibilidad de que Sophie no supiera qué hacer y que, por alguna razón, creyera que la iba a castigar por su falta de experiencia.

Aquella posibilidad hizo que Javier sintiera náuseas. ¿Quería decir eso que le daba miedo? Rezó para que no fuera así. Los hombres que daban miedo a las mujeres no eran santos de su devoción.

Volvió a mirar a Sophie y sintió una repentina ternura hacia ella… pero no debía dejar que lo conmoviera… no debía dejar que ninguna mujer se acercara a él y, menos, Sophie Ford. No podía

permitir que se adueñara de su corazón y se lo destrozara. No, gracias.

Además, no podía hacerle aquello a su madre.

Javier la volvió a mirar, pero aquella vez lo hizo con ojos de profesional. Sophie tenía un problema que le venía de hacía mucho tiempo. Javier frunció el ceño. No era la primera vez que se encontraba con síntomas físicos cuyas raíces se perdían en la oscuridad de los tiempos.

No sabía qué le había pasado a Sophie, pero estaba decidido a averiguarlo.

—Voy a buscar algo para que puedas dormir —le dijo dándose cuenta de que su actitud se estaba suavizando con ella—. ¿Por qué no te metes en la cama?

—Gracias —contestó Sophie en un hilo de voz.

Esperó a que Javier hubiera salido de la habitación para ponerse en pie y meterse entre las sábanas.

Javier le llevó un vaso de leche templada y, mientras observaba cómo se lo tomaba, se preguntó qué le estaba ocurriendo. Se suponía que quería vengarse de aquella mujer, pero ella había sabido colarse en un rincón de su corazón.

«A la porra», pensó dándole un beso en la frente.

Para poder vengarse de ella debía seducirla, disfrutarla y abandonarla, pero para poder hacer todo eso Sophie tenía que colaborar y, visto lo visto, Javier ya no estaba tan seguro de que fuera a hacerlo.

Mientras iba hacia la puerta, se dio cuenta de que se estaba ablandando y decidió que debía actuar como médico siempre que estuviera con Sophie.

—Descansa —le dijo saliendo de la habitación.

En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, Sophie se quedó dormida. A la mañana siguiente, en cuanto abrió los ojos y oyó a Javier, salió de su saco de dormir, se vistió y fue a buscarlo.

Estaba decidida a comportarse como si la noche anterior no hubiera ocurrido nada. Era la única manera de que pudieran trabajar juntos y, para su alivio, cuando lo miró vio que Javier había tomado la misma decisión.

—¿Qué hora es? —le preguntó fijándose en las nubes rosadas del horizonte que indicaban que no hacía mucho que había amanecido.

—Hora de darnos un baño —contestó Javier peinándose con los dedos.

—¿Un baño?

—¿Por qué no?

—El agua de por aquí debe bajar directamente de los glaciares.

—¿Y qué?

—Que debe de estar helada —apuntó Sophie.

—¿Te has vuelto una blanda desde que ibais a España a esquiar a Sierra Nevada?

Sophie disimuló su sorpresa. Ella creía que Javier jamás hablaba del pasado.

—Te recuerdo en la nieve en ropa interior cuando eras pequeña.

—Eso era diferente —protestó Sophie.

—¿Por qué?

—Precisamente, porque era pequeña y no me daba cuenta.

—Parecía gustarte mucho —recordó él—. ¿Por qué no vienes a bañarte conmigo, a ver si sigues teniendo aquellas agallas?

Javier tenía intención de ir a nadar solo, pero ya que Sophie estaba allí…

Se había dicho una y otra vez que no debía acercarse a ella, que no quería volver a ver aquel brillo especial en sus ojos, pero se acababa de dar cuenta de que aquel brillo seguía allí.

Tal vez, se conocían desde hacía demasiado tiempo.

—¡Muy bien! —exclamó Sophie.

Tal vez, darse un baño la ayudara a olvidarse de lo que había ocurrido la noche anterior.

Javier sabía que Sophie lo había puesto al límite la noche anterior, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de no verla caer de nuevo a sus pies aterrorizada.

—Seguro que se te ha olvidado nadar —comentó para picarla.

—No.

—No te preocupes, estoy yo aquí.

Sophie echó los hombros hacia atrás y lo miró.

—¿Y te crees que te necesito para algo?

—Sí.

Sophie se quedó mirándolo en actitud desafiante. —¿Te echas atrás, gallina? —le dijo Javier. —¡Claro que no!

—No, lo que te pasa es que eres una mujer… —Veo que estás decidido a picarme. Javier se encogió de hombros.

—Está saliendo el sol y hoy va a hacer tanto calor como ayer.

—Sí, pero aun así el agua va a estar helada.

—Te estás echando atrás, gallina —dijo Javier yendo hacia el río.

—De eso nada —contestó Sophie con determinación—. Voy contigo.

—¿Cuánto falta? —preguntó Sophie cuando llevaban un buen rato subiendo por una ladera.

Cuando llegaron a lo alto, comprendió por qué Javier había insistido en ir allí. Ante ellos, se extendía una laguna de agua cristalina rodeada de una vegetación salvaje. Aquello parecía un oasis en mitad de las montañas.

—¿Ha merecido la pena? —le preguntó Javier.

—Ha merecido la pena —admitió Sophie—. Es precioso.

Había visto muchas fotografías de neveros que se formaban por el deshielo de los glaciares, pero nunca había soñado con bañarse en uno de ellos.

—¿Estás bien? ¿Te has preparado bien para este viaje? Estamos a mucha altitud —comentó Javier mirándola con ojos de médico.

—Por supuesto.

—¿Has ido el gimnasio?

—Sí —contestó Sophie dándose cuenta de que Javier quería todos los detalles—. También he estado tomando suplementos alimenticios como hierro y gingko biloba para que llegue más oxígeno a las células de mi cerebro.

—¿Hace cuánto que los tomas? —sonrió Javier.

—Un par de semanas.

—¿De una buena marca?

—Por supuesto.

—Muy bien —dijo Javier satisfecho acercándose al agua.

—Tú primero —lo animó Sophie.

—Vamos a tomarnos primero un momento —propuso Javier

tomando aire.

Parecía casi relajado por primera vez desde que Sophie había llegado. Ambos se quedaron de pie escuchando el silencio. Parecía como si fueran los dos únicos habitantes del planeta.

—Este aire… es como si…

—Fuéramos los primeros en respirarlo —dijo Javier.

—Efectivamente —dijo Sophie andando por la orilla—. Tal vez, seamos las primeras personas en pisar este lugar.

A Javier lo sorprendió el placer que le confería verla tan feliz.

—Venga —la animó—. Hoy vamos a tener mucho trabajo, así que no tenemos mucho tiempo para nadar. Por cierto, el último que se meta en el agua le toca ocuparse de los formularios.

Sophie comenzó a quitarse la ropa mientras se daba cuenta de que Javier debía de estar realmente relajado para bromear con ella.

—A ver quién es más rápido —lo retó viendo que Javier ya se estaba quitando las botas y desabrochándose el cinturón.

De repente, Sophie se paró en seco.

—¿No te has traído el bañador? —le preguntó Javier dándose cuenta de su problema.

Sophie se sonrojó.

—¿Tú sí?

Javier sonrió y la miró con ojos malévolos. Se había quitado ya la camisa y se estaba quitando la camiseta.

—¿Quieres que te desnude yo? —la amenazó mirándola divertido.

Sophie se quitó el jersey y se sentó en el suelo para quitarse las botas.

—Quedan diez segundos —anunció Javier.

Sophie levantó la mirada y comprobó que llevaba un bañador negro que se le ajustaba como una segunda piel. Tenía un cuerpo fuerte y musculoso, además de bronceado.

Cuando se hubo desnudado por completo, a excepción de las braguitas y el sujetador, Sophie se apresuró a lanzarse al agua. Estaba fría, efectivamente, pero ya comenzaba a apretar el calor, así que fue un gran alivio.

Cuando asomó la cabeza, vio que Javier se lanzaba al agua, volvía a salir a la orilla y se volvía a lanzar. En los segundos en los que había estado en la orilla, su silueta recortada contra los

primeros rayos del sol, le había dejado claro que a no todos los hombres les afecta el frío por igual.

Sophie cerró los ojos, pero no podía apartar de su mente aquella imagen de Javier con el bañador abultado.

—Nadas muy bien —le dijo inocentemente mientras se acercaba a ella.

—Siempre nadamos bien los dos —le recordó Javier—. ¿O es que lo has olvidado?

No, Sophie no lo había olvidado. Se fijó en él, tan atractivo con él pelo mojado y las gotas de agua por la cara.

De repente, se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente y bajó la mirada para encontrarse con que el agua cristalina dejaba al descubierto cosas que prefería no ver.

Javier la tomó de la cintura y la apretó contra sí. Sophie comenzó a temblar pues sentía pánico y excitación a la vez. Se dio cuenta de que tenía los pezones endurecidos y pensó que Javier también debía de estar sintiéndolos.

Estaban tan cerca que Sophie sentía el calor del cuerpo de Javier. La sensación era tan intensa que notó que le flaqueaban las piernas.

—No, Javier —protestó suavemente. —¿No? —murmuró él apenas tocándola. —Javier…

—¿Qué?

Lo tenía tan cerca que sentía su aliento en el oído. Sophie se acercó a él y, de pronto, sintió su muslo entre las piernas, lo que le hizo volverse a apartar.

—No lo he hecho adrede —dijo él agarrándose a una rama para que no se hundieran.

—Ya… ya lo sé —contestó ella volviendo a calmarse.

El sonido del agua y los penetrantes ojos de Javier hicieron que Sophie cerrara los párpados y abriera la boca.

Los labios de Javier eran tan cálidos y suaves como recordaba. Sophie suspiró y se apretó contra él, momento que Javier aprovechó para introducir la lengua en su boca.

En ese momento, la rama de la que estaban agarrados se partió sorprendiéndoles a ambos. Los dos cayeron al agua y Javier se apresuró a ayudarla a salir.

—Tu ropa —le dijo dejando en el suelo sus braguitas y su

sujetador.

Javier reía. Sophie estaba desnuda. Se le había soltado el sujetador y las braguitas, que se ataban con un lazo a cada lado, también.

—Deja que te ayude —se ofreció él.

—¡Fuera! —exclamó Sophie nerviosa cubriéndose con las manos.

Javier se puso en pie y se quedó mirándola.

—¿Qué te pasa?

Se quedaron ambos en silencio y Javier se pasó los dedos por el pelo.

—Sophie, no me puedes hacer esto.

—¿A qué te refieres?

—No puedes jugar conmigo, no puedes ponerme al límite.

Sophie se dio cuenta de que Javier se estaba enfadando. Cuando se acercó a ella, Sophie dio un paso atrás, se tropezó con la raíz de un árbol y cayó al suelo.

Javier intentó agarrarla, pero no llegó a tiempo. Al ver que no había puesto las manos detrás para parar la caída sino que se había cubierto la cabeza, se dio cuenta de que Sophie temía que la pegara.

—¡Sophie! —bramó tomándola en brazos.

Al sentir sus brazos, Sophie se quedó rígida. Intentó apartarse de él, pero Javier tenía más fuerza y no lo consiguió. Poco a poco, Sophie comenzó a tranquilizarse y se puso a llorar.

—Sophie, no llores —le pidió el poniéndole su camiseta y acunándola como si fuera una niña pequeña—. ¿Crees que te voy hacer daño? —le murmuró al oído.

Efectivamente, Sophie tenía miedo. Javier se dio cuenta de que temía que la golpeara. Cerró los ojos al darse cuenta de la verdad. Sophie era vulnerable y él no se había dado cuenta.

Así que en eso se había convertido. Había perdido la capacidad de amar el día en que su hermano había muerto, eso lo sabía, pero no se había dado nunca cuenta hasta aquel momento de que la intuición también lo había abandonado.

Por alguna razón, Sophie estaba bloqueada en lo que a relaciones sexuales se refería. Era una mujer alegre y exitosa, pero era obvio que le costaba confiar en los hombres.

Se sentía atraída por él, exactamente igual que él por ella, pero

no confiaba en él.

Cuando Sophie se hubo calmado por completo, Javier se vistió y decidió no preguntarle nada. Sophie lo agradeció mientras pensaba que con su comportamiento Javier la había ayudado aquella mañana a quitarse de encima varias capas de desconfianza.

Claro que Javier era un buen médico y lo que había ocurrido era que había detectado un problema y había decidido curarlo.

Sólo había sido eso.

Capítulo 5

CUANDO llegaron a la clínica, Sophie vio a un montón de gente que sonreía a medida que Javier se acercaba. —Tus pacientes te esperan —le dijo con amabilidad.

—A trabajar, doctora —sonrió Javier.

Ver a tanta gente esperándolos bajo el sol abrasador, llenó a Sophie de emoción. El hecho de que Javier y ella fueran a trabajar codo con codo era secundario y decidió mantenerse concentrada en el trabajo.

Encantada, aceptó las llaves que Javier le daba y corrió a abrir la puerta de la clínica.

Durante las siguientes dos horas, no tuvieron tiempo ni de hablar y comprobó que Javier no había perdido una sola de sus cualidades como ser humano y como médico.

Al ver que se había quedado sin vendas, fue a buscarle más.

—No hacía falta que hubieras ido —le dijo él cuando volvió mientras se ocupaba de la herida que una niña presentaba en el brazo.

—Me apetecía hacerlo —contestó Sophie.

—Gracias —sonrió Javier.

A pesar de que se había dicho a sí misma varias veces que debía concentrarse en el trabajo, aquella sonrisa hizo que se le acelerara el pulso.

Siguieron trabajando durante todo el día y Sophie se dio cuenta de que hacían un equipo perfecto. Cuando terminaron con todos los enfermos, se fueron a duchar y a cambiar de ropa para cenar con el resto del equipo.

A Sophie le parecieron todos encantadores a excepción de una mujer un poco mayor que ella.

—Te presento a la doctora Anna Groes —le dijo Javier presentándole a una rubia danesa.

Sophie se dio cuenta inmediatamente de cómo miraba aquella doctora a Javier.

—Encantada de conocerla, doctora Ford —contestó la rubia estrechándole la mano con frialdad—. Javier, deberías descansar un poco —añadió girándose hacia él e ignorando a Sophie.

Lo cierto era que Javier parecía preocupado desde que había recibido cierta llamada telefónica aquella mañana.

—Ya sabes lo que dicen en tu país sobre lo que les pasa a los hombres que trabajan demasiado…

—Javier tiene mucha energía y puede con todo —intervino Sophie.

—Veo que la nueva adquisición te ha calado bien —comentó la doctora danesa en un tono quedaba a entender que estaba por debajo de ella en el escalafón profesional.

—Sophie y yo nos conocemos desde hace muchos años —contestó Javier.

—Ah, entiendo…

—No, Anna, no entiendes nada —dijo Javier con dureza—. Vamos, Sophie, vámonos de aquí.

—Yo…

—Ahora.

Era obvio que el encuentro con la doctora Groes lo había puesto de un humor de perros. Sophie lo siguió al exterior sin saber dónde iban, pero contenta de alejarse de la rubia danesa.

En mitad de la explanada que había ante la clínica, Sophie sintió que alguien le tiraba de la manga. Se giró y se encontró con la niña a la que Javier había curado el brazo aquel mismo día.

—¿Qué quiere? —le preguntó a Javier mientras sonreía a la pequeña, que llevaba una tela de vivos colores en las manos.

—Te lo está regalando —sonrió Javier girándose a hablar con los padres de la niña.

—No puedo aceptarlo —dijo Sophie nerviosa—. No tengo nada para regalarle a cambio.

—Su familia no piensa lo mismo —murmuró Javier.

—Pero son muy pobres…

—Sí, pero quieren hacerte un regalo —le explicó Javier

poniéndole el chal sobre los hombros—. Sería de muy mala educación por tu parte no aceptarlo.

—Diles que les doy las gracias —le pidió Sophie que le tradujera.

Para su sorpresa, la niña la agarró de la mano y se la juntó con la de Javier.

—Oh, no, yo…

—Déjala hacer —le dijo Javier. —Muy bien —dijo Sophie incómoda.

Sonrió mientras la pequeña les ataba las muñecas con un trozo de tela roja y su familia aplaudía encantada.

—Oh, no, estoy…

—¿Qué ocurre? ¿Estás comprometida con otro hombre? —murmuró Javier. —¿Qué?

—Pobre Henry —comentó Javier mientras la niña deshacía el lazo y le entregaba a Sophie la tela.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Lo de Henry? Muy fácil. Llamó esta mañana para ver qué tal iba todo y yo le he dicho que iba muy bien. Le tendría que haber dicho que cualquier día de estos nos vamos a acostar.

—Javier, escúchame…

Javier, sin embargo, dio media vuelta y se alejó. Sophie se quedó mirándolo diciéndose que no debía permitir que aquel hombre la afectara tanto.

La madre de la pequeña le dio un golpecito en el brazo para indicarle que lo siguiera, pero Sophie negó con la cabeza.

—Doctora Ford, ¿piensa venir conmigo o es tan irresponsable en su vida profesional como en la personal?

Sophie se tuvo que morder la lengua para no contestarle una barbaridad. Fue hacia la furgoneta y se subió en el preciso instante en el que Javier la estaba poniendo en marcha. No tenía ni idea de a dónde iban y tampoco se lo preguntó.

—Hay ciertas zonas que debemos cubrir a las que no podemos llegar en coche —le explicó Javier—. Hay un lugar donde nos recogen y quiero que sepas dónde está.

Sophie se dio cuenta de que iban a pasar un buen rato juntos y no quería desaprovechar la oportunidad de aclararle lo que había entre Henry y ella.

—En cuanto a Henry…

—Ahora no.

—Es un buen momento —insistió Sophie.

—No me gusta hablar de temas personales.

A Sophie tampoco le gustaba hablar de su vida privada en las horas de trabajo, pero allí era diferente.

—Al principio, no lo he creído…

Las palabras de Javier la sacaron de sus pensamientos. Se giró y lo miró mientras él alargaba el brazo y agarraba su cazadora.

—Así que he decidido buscar pruebas.

—No sé lo que te habrá dicho Henry —dijo Sophie.

—¿De verdad? —dijo Javier parando la furgoneta de repente—. Eres una mentirosa y una…

—¡Para! —exclamó Sophie enfadada—. No hace falta que me insultes. Simplemente, explícame de qué me estás hablando. Luego, yo te explicaré lo que hay entre Henry y yo y así podrás pedirme disculpas.

—Esta vez, vas a ser tú la que se va a tener que disculpar —le dijo Javier mirándola a los ojos.

Acto seguido, abrió el bolsillo superior de su cazadora y sacó el anillo antiguo de amatistas que Henry le había regalado antes de abandonar Inglaterra.

«Digna hija de su padre», pensó Javier viendo que Sophie no lloraba ni imploraba perdón.

Su familia tenía una fortuna considerable y era obvio que Sophie había decidido ir por ella.

—Ahora que has encontrado un pez más grande, te olvidas del pequeño, ¿verdad? —se burló él poniéndole el anillo ante los ojos.

—No me esperaba semejante comentario de ti ni tampoco que te dedicaras a rebuscar entre mis cosas.

Javier acusó el golpe, pero disimuló pues quería una explicación.

—Henry me ha dicho que te había regalado un anillo y no tuve que buscar mucho. Toma, será mejor que lo guardes bien… debe de significar mucho para ti.

—Es un anillo que me regaló en prueba de nuestra amistad, nada más —le dijo Sophie muy seria—. Y, si me dejas, me gustaría hablar de Henry.

—Ahórrate las palabras —contestó Javier enfadado—. Tu vida privada no me interesa. A mí lo único que me interesa de ti es que trabajes bien —añadió intentando convencerse a sí mismo de ello.

—Te voy a hablar de Henry lo quieras o no —insistió Sophie con calma—. Te sugiero que pongas la furgoneta en marcha y conduzcas mientras yo hablo. Luego, podrás pedirme perdón —repitió con determinación.

Javier pensó que, desde luego, aquella mujer tenía nervios de acero. Estaba decidido a no dejarse engañar. ¡Y menos por Sophie Ford!

—Si no somos capaces de hablar, no creo que seamos capaces de .trabajar juntos —comentó Sophie —y me necesitas por lo menos hasta que lleguen los nuevos médicos.

Javier apretó los dientes pues, por desgracia, tenía razón. Estaban esperando a que llegaran más médicos de Europa pues estaban bajo mínimos.

—Henry y yo tenemos una relación muy abierta —comenzó Sophie.

—No me interesa —dijo Javier poniendo el coche en marcha.

—Pues lo siento mucho porque te lo voy a contar —insistió Sophie mirándolo muy seria—. El acuerdo que hay entre nosotros no es tan raro como tú crees. No sé lo que va a pasar entre nosotros a largo plazo…

—Y mientras los decides, te vienes a Perú y coqueteas con otro hombre —la interrumpió Javier.

—He venido a Perú a trabajar, por si lo has olvidado —apuntó Sophie—, así que Henry no tiene nada por lo que preocuparse. Te aseguro que comenzar una relación con alguien de este proyecto jamás entró en mis planes.

—Vaya, me alegro de oír eso —dijo Javier con ironía volviendo a detener la furgoneta.

—¿Ya está?

—No podemos seguir avanzando —contestó Javier dándole a entender que no sólo se refería a la carretera.

Sophie lo miró a los ojos.

—¿Qué? ¿Vas a salir de la furgoneta o te vas a quedar ahí todo el día? —dijo él impaciente.

Acto seguido, Javier agarró un sacó, salió de la furgoneta y se

dirigió a unas escaleras de piedra excavadas en la roca.

—Sigo esperando a que me pidas perdón —le recordó Sophie siguiéndolo con otro saco a la espalda.

Lo cierto era que pesaba muchísimo, pero no estaba dispuesta a quejarse, no estaba dispuesta a mostrar ningún signo de debilidad… en ningún aspecto.

—¿Perdón? —dijo Javier girándose y mirándola a los ojos.

Al hacerlo, se dio cuenta de que la cacería había comenzado de nuevo y decidió mostrarse magnánimo.

—Te propongo un alto el fuego.

—Muy compasivo por tu parte.

—¿Verdad? Dame tu saco y…

—No, gracias, pero puedo yo sola —contestó Sophie con determinación.

Javier siguió subiendo, mirando de vez en cuando por encima del hombro para asegurarse de que Sophie lo seguía. Sophie aceleró un poco y lo adelantó, pero había medido mal sus fuerzas y pronto tuvo que detenerse a descansar.

—Si necesitas ayuda, dímelo —comentó Javier con ironía pasando a su lado.

Sophie maldijo y se puso en marcha de nuevo. Alzando los ojos, se dio cuenta de la espectacular vista que tenía ante sí y decidió que no merecía la pena volver a adelantar a Javier y que era mejor admirar su trasero.

Cuando llegaron a lo alto, Javier la tomó de los hombros y la giró para que admirara otro tipo de vista.

—¿Qué te parece?

Sophie tomó aire varias veces y se quedó maravillada ante el valle que tenían a sus pies, en el que descansaban las ruinas de alguna civilización precolombina.

—Parece que no haya pasado el tiempo… —comentó.

—Poco tiempo tardaron los conquistadores en destruir la civilización inca, desde luego —le aseguró Javier.

—¿También te sientas responsable de ello?

—¿Qué quieres decir con eso? —le espetó Javier furioso.

—No lo sé —contestó Sophie—. Simplemente, lo he sentido…

—¿Qué es lo que has sentido?

Lo cierto era que Sophie sentía muchas cosas cuando estaba

junto a él y aquello se le estaba yendo de las manos. Era obvio que Javier se sentía culpable por la muerte de su hermano. Aquello hizo que Sophie deseara poder acercarse a él, tanto física como emocionalmente.

Lo tenía tan cerca que lo podía besar.

—¿Sophie? ¿Qué es lo que has sentido?

Sophie estaba sintiendo miedo y deseo en aquellos momentos, como siempre que estaba tan cerca de él. Javier se dio cuenta de que estaba comenzando a encontrarse mal y sintió pena por ella.

—¿Por qué no me dejas que te ayude? —le dijo con amabilidad —. Si tienes un problema, tenemos que solucionarlo y, por si no te acuerdas, yo soy médico.

—¡No me vengas con ésas! —exclamó Sophie apartándose de él —. ¡No me digas que lo entiendes todo porque eres médico! No lo entiendes, ¿de acuerdo? Simplemente, no lo entiendes.

—Puede que entienda más de lo que tú te imaginas —contestó Javier pensando que Sophie se comportaba así porque estaba frustrada.

Si fuera así, una vez que Henry hubiera desaparecido por completo de sus vidas, estaba dispuesto a ayudar a Sophie con mucho gusto.

—No, no creo que entiendas nada —insistió Sophie.

—Claro que sí —dijo Javier abrazándola.

—¿Me puedes ayudar? —murmuró Sophie.

—Encontraremos la solución juntos —contestó Javier.

—¿Cómo?

—Puede que así —susurró Javier besándola con dulzura.

Cuando sus labios se encontraron, Sophie sintió que el resto del mundo desaparecía. Aquella sensación era tan intensa que el cuerpo se le llenó de placer. Javier estaba tan seguro que no había lugar para las dudas.

Sophie confiaba en él, podía relajarse y disfrutar del momento. A pesar de que apenas la estaba tocando, le demostró cómo podía ser hacer el amor, consiguiendo que los horribles recuerdos que poblaban su mente desaparecieran.

—¿Te parece bien este tratamiento? —le preguntó separándose unos milímetros de su boca.

Sophie lo miró a los ojos y vio allí un afecto y un calor que le

llegó al corazón.

—Sólo si no duele —contestó sonriendo.

—Puede que, al principio, te escueza un poco —dijo él encogiéndose de hombros—, pero… —añadió besándola—. Relájate, no te voy a hacer nada.

Cuando Sophie sintió sus labios en el cuello, ahogó un grito de placer y lo abrazó. Cerró los ojos y le acarició la espalda.

—¿Sigues teniendo miedo? —le preguntó Javier al cabo de un rato.

Sí, tenía miedo, pero no de él sino de sus propios sentimientos porque empezaba a sospechar que no los podía controlar.

—No —susurró Sophie sinceramente pues, por primera vez en su vida, no sentía pánico con un hombre.

—Bien —murmuró Javier mirándola a los ojos.

Acto seguido, sonrió y la volvió a besar. Sophie se sentía en un torbellino de sensaciones que hicieron que se apretara contra él.

—No, veo que ya no tienes miedo de mí —se rió Javier acariciándole la mejilla.

¿Miedo de él? Lo único que sentía Sophie en aquellos momentos por él era un deseo sexual que la sobrepasaba.

—No, no me das miedo —dijo con sinceridad dándose cuenta de que Javier tenía la llave de la pasión dormida que había en su interior.

—¿Seguro que Henry no ocupa ningún lugar importante en tu vida?

Sophie tragó saliva y se sonrojó. Lo último de lo que quería hablar en aquellos momentos era de Henry.

—No quiero tener una relación con una persona que no es completamente mía —susurró Javier besándola por el cuello.

Sophie sabía que hablaba en serio.

En aquel momento, ambos oyeron un grito.

—Aquí llegan nuestros correos —murmuró Javier.

Sophie se giró y vio aparecer a dos hombres. Inmediatamente, se olvidó de su deseo por Javier y de lo que acababa de ocurrir entre ellos.

Javier le presentó a los dos desconocidos e intercambiaron los sacos con ellos rápidamente.

—Espero que lo que hay entre nosotros merezca la pena pues me

has convencido de que Henry no ocupa ningún papel importante en tu vida —le dijo él cuando se volvieron a quedar a solas.

Sophie se preguntó qué quería decir con eso.

—Vamos —dijo Javier sacándola de sus pensamientos.

Sophie lo siguió hacia la furgoneta sin decir una palabra.

Cuando llegaron a la clínica, la explanada que había delante estaba de nuevo llena de gente, pero en aquella ocasión no se trataba de pacientes.

Un grupo de médicos estaba jugando al fútbol con los niños de la aldea.

—Parece que se lo están pasando bien —comentó Javier mientras aparcaba la furgoneta.

Era la primera vez que hablaba en todo el trayecto.

—Javier, ayúdanos… nos están dando una buena paliza —le dijo la doctora Groes nada más bajarse de la furgoneta.

Javier se giró hacia Sophie.

—¿Te importa?

—No, en absoluto —contestó ella dándose cuenta de que la doctora danesa la estaba mirando fijamente.

Decidida a olvidarse de la rubia, Sophie se acercó a la familia que le había regalado el chal horas antes.

Cuando terminó el partido, se despidió de ellos y entró en la clínica. En el camino, se encontró con Anna.

—¿No te parece que Javier es extenuante? —le preguntó la doctora danesa.

—¿Extenuante? —dijo Sophie recordando la escalada y el baño en el lago—. Está en forma, sí, eso es cierto.

—Muy en forma —aceptó Anna con ironía—. No hay muchas mujeres que puedan seguir su ritmo. Enhorabuena.

Sophie se dio cuenta de que estaba en terreno peligroso.

En ese momento, Javier salió recién duchado del baño y Sophie se dio cuenta de que, a pesar de sus diferencias, le encantaba aquel hombre.

Anna se abalanzó a su cuello.

—¡Javier, has estado estupendo! —exclamó con efusividad a punto de darle un beso en la boca.

—Siento desilusionarte, pero no soy ningún héroe —contestó él con frialdad—. Hemos ganado y ya está.

—Sí, pero el último gol, el de la victoria, lo has marcado tú —apuntó Anna.

Javier se secó el pelo con una toalla que llevaba al cuello como si no le diera la más mínima importancia a aquel detalle.

—¿Quieres que prepare algo de comer? —propuso Anna.

Javier se quedó pensativo.

—Creo que deberíamos darnos un poco de espacio pues trabajamos juntos todo el día —contestó mirando también a Sophie.

Aquello le dolió.

—Yo creía que íbamos a poder hablar de mis horarios durante la cena —comentó Sophie—. Si quieres te ayudo a prepararla, Anna…

—Un buen detalle por tu parte, Sophie, pero tengo otros planes —dijo Javier con sequedad.

Sophie se enfureció ante aquello. Javier no podía apartarla de su trabajo porque estuviera demasiado ocupado. ¿Sería que la estaba castigando porque tenía sospechas sobre Henry?

—Ya había quedado con otra persona antes —le explicó Javier encogiéndose de hombros.

—Muy bien —contestó ella—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a dejar una nota pinchada en el corcho para que sepa lo que tengo que hacer mañana?

—No, te lo diré yo mismo.

—Se lo puedo decir yo —se ofreció Anna.

—Lo siento, Anna, pero Sophie no va a cenar contigo. Se viene conmigo.

—¿Contigo? —dijeron ambas mujeres al unísono. —¿Dónde? —quiso saber Sophie con el corazón desbocado.

—A hacer una visita.

—¿Una visita médica?

—Una visita que tiene mucho que ver con nuestros intereses médicos —contestó Javier.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Se me debe de haber olvidado —contestó Javier encogiéndose de hombros.

Al oír un portazo a sus espaldas, Sophie se giró y comprobó que había sido Anna al irse.

—¿Estás preparada? —le preguntó Javier dejando las toallas en una silla—. Ponte una cazadora. Por las noches refresca —añadió saliendo también de la habitación.

Javier se puso al volante de la furgoneta y se dio cuenta de que estaba nervioso. Era la primera vez en su vida que debía esperar para obtener algo. ¿Sería cierto, por otra parte, que Sophie no tenía nada con Henry?

Se sintió un hombre muy satisfecho al recordar la excitación de Sophie cuando la había tomado entre sus brazos. Lo cierto era que le gustaba su dulzura y estaba dispuesto a acunarla, pero si Sophie quería el tratamiento completo iba a tener que tomar ciertas decisiones urgentes.

Capítulo 6

¿DÓNDE vamos? —preguntó Sophie. —Quiero que veas qué dirección debe tomar nuestro trabajo para que este proyecto salga bien a largo plazo —contestó Javier—. No te preocupes, ya cenaremos luego.

—No me preocupo por cenar —comentó Sophie sinceramente.

Lo que le preocupaba era el cambio de humor de Javier.

—¿Podríamos hablar de la visita? —le preguntó inocentemente.

—Si no hay más remedio —contestó Javier. Sophie decidió intentarlo con otra táctica. —¿Has dicho que nos habían invitado a venir? —¿Por qué no esperas un poco y lo ves con tus propios ojos?

—Javier, yo… —¿Qué?

—Quiero aclararte una cosa —contestó Sophie—.

Henry…

Javier chasqueó la lengua.

—Te voy a hablar de él quieras o no —insistió

Sophie.

Javier apretó los dientes y encendió la radio. —Es importante, Javier —dijo Sophie apagándola.

—Muy bien, te escucho —accedió él por fin.

Sophie tomó aire y se lanzó.

—No estoy comprometida con Henry y nunca lo he estado. Nos conocemos hace varios años y el anillo me lo regaló en muestra de nuestra amistad. Nada más.

Sophie esperó a que Javier dijera algo, pero él se limitó a asentir y se quedó en silencio.

Javier se moría por parar la furgoneta a un lado de la carretera y poseerla allí mismo. Se debía estar volviendo loco. Lo cierto era que lo que Sophie acababa de decirle era exactamente lo que quería oír,

pero lo había pillado por sorpresa pues no esperaba oírlo tan pronto.

—¿Vamos a otra aldea? —preguntó Sophie sacándolo de sus pensamientos.

—Sí —contestó Javier—. ¿Tienes hambre?

—Sí —sonrió Sophie.

Javier paró ante una cabaña de madera.

—¿Es un bar? —aventuró Sophie.

—No, es la casa de un amigo —contestó Javier agarrando una bolsa en la que Sophie no había reparado antes.

Entraron en la modesta cabaña y la familia lo recibió con cariño invitándolos a sentarse junto al fuego. Javier le presentó a Agustín y a Francisca, así como a sus seis hijos. El mayor, Marcos, que tenía diecisiete años, estaba especialmente encantado de ver a Javier.

Una de las niñas le sirvió a Sophie un refresco mientras otra le ofrecía un plato de fruta y queso. —Hay sopa —anunció Agustín—. Es sopa de verduras que hacemos con los frutos que nos da nuestro propio huerto. Espero que le guste. —Seguro que sí —sonrió Sophie —. Su inglés es muy bueno. Le pido perdón porque mi español es bastante escaso.

—Trabajo en el sector del turismo —le explicó

Agustín—. Trabajo en…

—¿El Rancho del Cóndor? —aventuró Sophie. —Exacto — contestó Agustín muy satisfecho. Sophie se dio cuenta de que Javier la estaba observando. Era obvio que estaba encantado de que mostrara interés.

—Mi esposa, Francisca, también habla inglés y queremos que los niños también aprendan —añadió Agustín.

Sophie miró a Javier y lo encontró hablando con Marcos en un rincón del salón. Entonces, comprendió qué era lo que había en aquella bolsa que Javier había llevado: eran libros de medicina. — No los necesito —le explicó Javier más tarde cuando ella le preguntó.

—Así que Marcos…

—Quiere ser médico —le confirmó Javier. —¿Y cómo lo va a hacer?

—Con una beca.

—¿La beca Armando Martínez Contreras? —preguntó Sophie.

—Exacto —contestó Javier.

Cuando ya se veían las luces de la clínica a lo lejos, Javier paró la furgoneta en un claro.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sophie con curiosidad.

—En algún lugar —contestó Javier mirándola—.

¿Qué más da?

Sophie sintió que se le aceleraba el corazón. —Da igual —contestó.

Javier se acercó a ella y comenzó a jugar con su flequillo.

Sophie le apartó la mano, pero al hacerlo sus dedos quedaron entrelazados. Aquello fue suficiente para que se le entrecortara la respiración.

—¿Qué hacemos aquí? —consiguió preguntar con voz trémula.

—No me apetece volver a la clínica todavía —contestó Javier mirándola a los ojos.

—¿Por qué?

—¿Nunca te han dicho que haces demasiadas preguntas?

—Sí —admitió Sophie—. Tú me lo solías decir. —No has cambiado nada, Sophie Ford. Sigues siendo la misma que cuando te conocí. Sophie se quedó en silencio.

—¿De verdad no has hecho esto nunca? —preguntó Javier.

—¿A qué te refieres?

La respuesta de Javier fue un beso, un beso breve pues se apartó adrede sabiendo que, así, haría que Sophie quisiera más.

—¿Nunca te has besado en un coche? —bromeó volviéndola a besar—. ¿Qué te ocurre? ¿No te gusta? —añadió besándola en el cuello.

Sophie se estremeció.

—¿Prefieres esto? —continuó Javier mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Sophie empezaba a perder el control, de ella se había apoderado el nerviosismo propio de la anticipación. No podía negar que estaba excitada.

—O esto…

Sophie gritó cuando Javier le tomó un pecho en la palma de la mano e inmediatamente se apretó contra él sin importarle lo que

pensara de ella. Le pasó los brazos por el cuello y buscó su boca para besarlo con pasión.

No quería seguir hablando. Prefería que la acariciara y bendijo al cielo porque Javier hubiera encontrado su pezón y estuviera jugueteando con él. Sophie llevaba mucho tiempo sin hacer el amor con nadie así que no dudó en desabrocharle la camisa y acariciarle el torso.

Acto seguido, tomó la otra mano de Javier entre las suyas y se la colocó en el otro pecho para dejarle bien claro lo que quería.

—Así que esto es lo que te gusta, ¿eh? —murmuró él separándole las piernas.

Sophie ahogó un grito de sorpresa. Le parecía que su cuerpo irradiaba un calor extremo a través de los vaqueros y temió que a la luz de la luna Javier viera la mancha de humedad que debía de tener entre las piernas.

Se apresuró a desabrocharse la cremallera, pero Javier la frenó.

—Todavía no —le dijo—. Nos queda mucho para llegar ahí.

—¿Cómo dices? —gimió Sophie con la respiración entrecortada —. Quiero… necesito…

—Lo sé, sé perfectamente lo que necesitas —dijo Javier acariciándole la entrepierna— rítmicamente y haciéndola jadear de placer.

La llevó hasta el orgasmo sin prisas, hasta que la furgoneta se llenó con los gritos de placer de Sophie y con los espasmos de su cuerpo.

—¿Ves cómo sé lo que necesitas? —murmuró Javier.

Sophie suspiró y lo besó. Quería más, lo quería todo. Javier había sacado de lo más profundo de su ser deseos que desconocía.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó él besándola con pasión.

—Mucho mejor.

—¿Tienes calor? —bromeó Javier. —Un poco —contestó Sophie.

—Me alegro —murmuró Javier sonriendo.

Volvió a besarla con ternura. Sophie no quería que aquello terminara, pero Javier se apartó al cabo de un rato y entonces se sintió sola y perdida.

—Mañana tenemos que trabajar —le recordó poniendo el motor en marcha—. Ha sido un día muy largo y tenemos que dormir.

—Javier…

—¿Sí?

—¿Te puedo preguntar una cosa?

'Javier la miró como diciéndole que entre ellos no había secretos, pero Sophie no estaba tan segura.

—¿De qué se trata?

—De Anna Groes.

Javier volvió a apagar el motor y se giró hacia ella.

—¿Qué pasa con Anna?

—Eso es lo que yo quiero saber —contestó Sophie temerosa de la respuesta—. ¿Qué significa para ti?

—Nada —contestó Javier—. Anna no significa absolutamente nada para mí.

—Pero antes…

—Nos acostamos unas cuantas veces —admitió con naturalidad.

A Sophie le pareció que lo decía como si fuera una cosa de lo más natural acostarse con una persona e ignorarla al día siguiente. De pronto, se sintió muy pequeña, insignificante.

—Es algo parecido a tu abierta relación con Henry —dijo Javier encogiéndose de hombros-Somos adultos y tenemos necesidades —concluyó poniendo la furgoneta en marcha.

Así que eso era lo que Anna había querido decir cuando le había dicho que era difícil estar a la altura de Javier. Ahora Sophie lo entendía. Le parecía incluso gracioso… si no fuera porque estaba enamorada de él…

Apretó los labios al darse cuenta de la verdad y lo miró de reojo. Así era, se había enamorado de él. Resultaba patético pues era obvio que Javier simplemente la deseaba físicamente.

Ella quería un compromiso duradero y él solamente quería una relación sexual para satisfacer sus necesidades. Si no podía tenerlo como ella quería, ¿estaba dispuesta a tenerlo como él quería? Sí.

Tras colocar las fotografías que se había llevado, Sophie se tumbó en la cama y se quedó mirando la oscuridad.

Javier sabía qué botones pulsar para hacerla gritar de placer, pero ella había sido inflexible en lo de dormir sola, así que allí estaba.

Estaba confundida. Javier la deseaba y ella lo deseaba a él.

Debería ser sencillo, ¿verdad? Lo cierto era que si la vida hubiera sido sencilla estarían compartiendo cama en aquellos instantes.

Nunca había deseado a un hombre con tanta fuerza.

Necesitaba su cuerpo y lo necesitaba inmediatamente. Sophie se revolvió incómoda bajo las sábanas. Sabía que nada la iba a consolar excepto tenerlo a su lado desnudo y apasionado.

Sin embargo, Javier había dejado claro que no tenía prisa. La relación que hubiera entre ellos iba a ser corta e iba a comenzar única y exclusivamente cuando él lo decidiera.

Sophie se giró hacia la ventana y vio que alguien estaba tocando al cristal.

Apartó una cortina y vio que se trataba de Agustín. Sophie se vistió y se apresuró a salir. Se calzó fuera para no despertar a Javier, que dormía en la habitación de al lado.

Agustín le explicó que había dejado la furgoneta aparcada fuera del recinto de la clínica para no despertar a nadie. Fue entonces cuando Sophie se enteró de que la habitación que ocupaba ella en aquellos momentos había sido anteriormente la de Javier. Por eso, Agustín había tocado en su ventana.

—¿Lo despertamos? —preguntó el hombre.

—No, tiene que madrugar mañana —contestó Sophie—. Ya voy yo con usted.

Por lo que le había contado Agustín, podía hacerse cargo de la situación ella sola.

En pocos minutos, preparó todo lo que necesitaba y corrieron a la furgoneta de Agustín. Estaban casi llegando a la aldea cuando el vehículo dio dos o tres tirones y se paró.

—No pasa nada —le aseguró Sophie a Agustín bajando de la furgoneta—. Podemos ir andando.

—Lo siento mucho —se disculpó el hombre siguiéndola.

—No se preocupe. Ha hecho lo correcto viniendo a buscarme.

No tardaron mucho en llegar a la cabaña de Agustín, en cuyo interior una de sus hijas estaba tumbada junto al fuego tosiendo y respirando con dificultad.

Marcos estaba con ella y, al ver aparecer a Sophie, sintió un inmenso alivio. Sin embargo, al ver que Javier no iba con ella volvió a preocuparse.

Sophie se dio cuenta de que la niña tenía un ataque de asma.

Abrió su maletín y sacó el estetoscopio para auscultarla.

Sí, efectivamente era asma.

Por suerte, antes de salir de la clínica había metido en el maletín todo lo que por lo que le había explicado Agustín creía que iba a necesitar y había acertado.

Apartó a la niña del fuego y la puso sobre unos cojines. Le puso un goteo y enseñó a la familia a utilizar el nebulizador portátil que había llevado consigo.

Al poco tiempo de estar respirando con la mascarilla puesta, la niña comenzó a tranquilizarse y le desapareció el cerco azul que tenía alrededor de la boca. Aun así, Sophie insistió en que la llevaran al hospital cuanto antes.

Agustín le aseguró que así lo haría.

—El hospital Armando Martínez Contreras es muy bueno —le confió—. Tenemos un sistema sanitario excelente desde que llegó el doctor Javier. Él lo paga todo.

Mientras escribía un informe para el médico que los atendiera en el hospital, Sophie se dio cuenta de lo feliz que era aquella familia y, de alguna manera, sintió cierta envidia.

Por alguna razón, pensó en Javier, pero se apresuró a decirse que ellos jamás iban a tener algo parecido. Para él, ella era sólo una conquista. No era especial, simplemente un reto.

De pronto, sintió la necesidad de estar a solas y sin que nadie se diera cuenta se fue.

No se había dado cuenta de que la aldea estuviera tan lejos de la clínica, pero ahora que estaba sola e iba a pie no le quedó la menor duda. Avanzaba a buena marcha e incluso corría un poco cuando algún ruido la asustaba.

Intentó controlar su imaginación, pero lo cierto era que el camino tenía algunos recodos que daban miedo.

Estaba asustada y cansada y no tenía ni idea de cuánto camino le quedaba por recorrer. Cuando vio un claro a un lado de la carretera, se tumbó bajo un árbol y apoyó la espalda contra él con la intención de descansar un rato.

Al oír el motor de un vehículo que se acercaba, abrió los ojos y vio que se trataba de Javier. Rápidamente se puso en pie y gritó para llamar su atención.

—¡Sophie! —exclamó él bajando de la furgoneta y tomándola de

los hombros—. ¡Menos mal que estás bien!

Sophie respiró aliviada, pero aquella sensación no le duró mucho.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí sola?

—Me había sentado un momento a descansar.

—¿A descansar? —dijo Javier pasándose los dedos por el pelo—. ¿Dónde te crees que estamos? ¿En Surrey?

De repente, Sophie no pudo más.

—¡Vete! —explotó—. ¡Vuelve a subirte en tu furgoneta y desaparece! ¡Déjame en paz!

—¡No pienso hacerlo! —contestó él abrazándola—. No pienso dejarte aquí. Vas a venir conmigo. ¡Sé 1o que has hecho! Agustín me ha llamado desde el hospital y me ha contado todo. Estaba muy preocupado por ti. Lo has hecho muy bien, pero no quiero que esto se repita… la próxima vez, despiértame, ¿de acuerdo? Te podría haber pasado algo, Sophie, ¿no lo entiendes? Cuando te dejas llevar por los impulsos, pueden pasar cosas muy desagradables…

Sophie lo miró a los ojos y entendió a qué se refería. No tenía nada que ver con aquella noche sino con una noche del pasado, con su padre borracho, un coche deportivo y el impulsivo hermano pequeño de Javier.

Javier la abrazó con pasión y Sophie comprendió que él también vivía con muchos fantasmas del pasado, exactamente igual que ella, y que aquellos fantasmas podían separarlos igual que los habían unido.

Estaban jugando un juego que no podía terminar bien a menos que se sentaran y hablaran de lo que había ocurrido años atrás. Hasta que aquellos fantasmas de su hermano no hubieran desaparecido, lo único que podía hacer para ayudar a Javier era abrazarlo para darle fuerzas.

Capítulo 7

EN UNA escala del uno al diez, el nivel de estrés de Sophie en los siguientes días fue mucho más allá del diez.

Ella había dado por seguro que Javier continuaría con su peculiar tratamiento y que cada vez pasarían más tiempo juntos, pero no fue así. Javier se mostraba cada vez más distante, lo que obligó a Sophie a recordarse que estaban allí como médicos y que debía hacer su trabajo.

La mañana en la que anunció durante el desayuno que tenía que ir a Lima por negocios, Sophie sintió que algo se rompía dentro de ella. ¿Por qué no se lo había dicho en privado antes que a los demás?

Se dijo que no tenía importancia, que no podía pretender que eran una pareja cuando no lo eran y que…

—¿Te apetece ir a nadar un rato? —le preguntó

Javier una vez a solas.

—¿A nadar?

—Como la otra vez te gustó tanto… —Tengo cosas que hacer.

Javier enarcó una ceja.

—Pero si hoy tienes la mañana libre…

Sophie se dio cuenta de que había perdido la batalla.

—Muy bien, la verdad es que nadar un rato me vendrá muy bien —contestó.

—Yo también voy con vosotros —anunció Anna desde la puerta.

Javier y Sophie se giraron hacia ella sorprendidos.

—Buena idea —dijo Sophie—, ¿verdad, Javier?

Sophie vio cómo el brillo de triunfo desaparecía de los ojos de Javier.

—¿Nos vamos? —preguntó impaciente.

—Voy por el bañador —contestó Sophie viendo que al menos uno de ellos estaba feliz: Anna.

Una vez en el lago, Sophie se desnudó dejando a la vista el bañador que Javier había elegido para ella en el Rancho del Cóndor y que era casi del mismo color que sus ojos. Él llevaba el mismo bañador que la otra vez y le seguía quedando igual de bien.

—Parecéis dos abuelillos —se rió la doctora danesa.

Sophie la miró y comprobó que estaba completamente desnuda.

—¡Javier, te echo una carrera! —exclamó Anna intentando ser el centro de atención.

Javier se metió en el agua.

—Lo siento, pero yo vengo aquí a relajarme. No quiero competir —contestó asomando la cabeza en mitad del lago.

Sophie se preguntó si se habría percatado de los voluminosos pechos y los endurecidos pezones de Anna.

—¿Te metes, Sophie? —la invitó Javier.

Sophie sabía por su anterior experiencia que sólo había una manera de meterse en aquel agua gélida: corriendo.

Al llegar a su lado, Javier la tomó entre sus brazos.

—¿Una carrera? —le preguntó guiñándole un ojo.

Era el primer momento de intimidad que compartían desde el episodio de la hija de Agustín.

—Muy bien —contestó Sophie comenzando a nadar a toda velocidad.

Llegó a la otra orilla unos segundos antes que Javier, que la ayudó a salir del agua. Tal y como había supuesto, Anna estaba esperándolos tomando el sol.

—Si quieres, me baño contiguo —le ofreció Sophie.

—Te lo agradezco, pero no tengo intención de pasar frío —contestó Anna—. Sólo quiero broncearme un poco —añadió girándose y dejando a la vista un trasero de lo más seductor.

Sin embargo, Javier no parecía impresionado y aquello gustó sobremanera a Sophie aunque hizo que la doctora danesa la mirara con dureza. Sophie no pudo evitar preguntarse si la estaba retando.

Por suerte, al volver a la clínica la tensión se desvaneció y de hecho Anna estuvo más simpática que nunca.

—Quería decirte que mañana vendrás conmigo —anunció

Javier.

—¿Ah, sí? —contestó Sophie.

—Sé que te lo digo con poco tiempo de antelación, perdona —se disculpó.

—A mí no me importa ir —intervino Anna poniéndose delante de Sophie para reclamar la atención de Javier—. Alguien puede cubrirme aquí.

—Te lo agradezco, Anna, pero prefiero que te quedes aquí. Sophie…

—¿Que? —le espetó Anna—. ¿Qué puede hacer Sophie que yo no pueda hacer?

—Iba a decir que Sophie irá allí donde se la necesite, exactamente igual que tú —contestó Javier muy serio.

—Muy bien —dijo Anna sonrojándose.

En aquel momento, Sophie sintió pena de ella pues entendía que si estaba enamorada de Javier lo estuviera pasando mal.

—No te sorprendas tanto —le dijo Javier al oído una vez a solas —. Te recuerdo que firmaste un contrato en el que te comprometías a hacer todo lo que se te pidiera.

—¿Y qué se me pide? —lo retó Sophie.

—Esto —contestó él cerrando la puerta y besándola de repente.

Aquello tomó a Sophie por sorpresa, pero no tardó mucho en reaccionar. Cuando lo hizo, lo besó con la misma pasión y se apretó contra él.

Tuvieron que dejar de besarse cuando alguien, seguramente Anna, intentó abrir la puerta.

—No me gusta esperar —comentó Javier—, y desde luego no creía que tuviera que esperar tanto para esto.

A Sophie le dio tiempo de contestar pues Javier la tomó de la mano y tiró de ella escaleras abajo.

Mientras corrían hacia la furgoneta, Sophie tuvo la sensación de que eran dos niños huyendo de la directora del colegio. No tuvo que echar la mirada atrás para saber que Anna estaba en la puerta observándolos.

—¿Dónde vamos? —le preguntó a Javier mientras él ponía la furgoneta en marcha.

—¿Dónde quieres ir?

—¿Lejos de aquí? —aventuró Sophie—. ¿Se trata de una

escapada de trabajo o de placer?

—El trabajo lo dejamos para mañana.

—¿Y hoy? ¿Dónde vamos?

—A algún lugar donde podamos estar solos… al menos que se te ocurra otra cosa.

—No —se apresuró a contestar Sophie completamente seducida por su voz—. Sólo espero que ese lugar no esté muy lejos —añadió mirándolo de forma inequívoca.

—No te preocupes, yo tampoco puedo más —contestó Javier.

Condujo por la estrecha carretera y, cuando no pudieron seguir, bajaron de la furgoneta y avanzaron a pie hasta un claro desde el que se veía todo el valle. El silencio era infinito y la vista de los Andes excepcional.

Sophie se sentó en el suelo junto a Javier, pero él no la besó tal y como ella esperaba.

—No te muevas —le indicó.

—¿Qué? —murmuró Sophie mirándolo a los ojos.

—Mira allí… sobre la cima —dijo Javier señalando el horizonte —. ¿Lo ves?

Sophie siguió su mirada y ahogó un grito de sorpresa. Incluso a aquella distancia, el pájaro que sobrevolaba la planicie era inmenso.

—¿Es un cóndor? —preguntó.

—Sí —confirmó Javier—. Vienen aquí a última hora de la tarde para cazar… ahí llega su pareja —añadió desabrochándole la camisa.

Cuando sintió sus labios en el cuello, Sophie miró hacia arriba para no perderse la maravillosa danza de los cóndores y suspiró de placer.

—Javier…

—¿Sí?

Sophie no podía hablar. Javier le había desabrochado la camisa por completo y estaba besándole los pechos.

—¿Qué? —susurró Javier pasando la lengua por uno de los pezones erectos.

—Dijiste que todavía no…

—¿Quieres que pare?

—No, no pares —contestó Sophie con la respiración entrecortada.

Javier gimió triunfal y siguió lamiéndole los pechos mientras con las manos… ¡oh, lo que hacía con las manos!

De repente, Sophie se puso en pie y se quitó la camisa y el sujetador. Javier la miró con satisfacción y ella se sintió orgullosa de mostrarse desnuda de cintura para arriba ante él.

Sus pezones endurecidos ponían de relieve lo excitada que estaba, pero Sophie consiguió controlarse y hacerlo esperar.

Javier alargó el brazo para tocarla, pero ella se apartó haciendo que se desnudara. Javier se quitó la camisa a toda velocidad y la miró a los ojos con pasión.

—Ven aquí —murmuró.

Sophie se desabrochó los vaqueros lenta y provocativamente. Sin dejar de mirarlo a los ojos, los deslizó por sus caderas y estaba a punto de hacer lo mismo con las diminutas braguitas cuando él se lo impidió.

Se puso de rodillas ante ella y, cuando Sophie sintió su cálido aliento en la entrepierna, creyó que las piernas no le iban aguantar. Javier jugueteó con sus braguitas hasta hacerla enloquecer.

—Por favor, Javier… por favor.

—Aguanta —le dijo él apartándole la tela con los dedos para adentrarse en su cuerpo con la lengua.

Mientras sus dedos se abrían paso hasta el clítoris y la hacían gozar de manera increíble, Javier disfrutaba oyéndola gritar de placer.

—Por favor, Javier…

Sin decir una palabra, Javier se desabrochó y se quitó los pantalones y se tumbó sobre ella separándole las piernas.

La penetró lentamente consciente de su inexperiencia y comenzó a moverse en su interior de forma rítmica hasta que Sophie lo siguió en aquella danza primitiva de dos cuerpos que se encuentran después de toda una vida esperándose.

Casi había anochecido cuando Javier levantó la mirada hacia el cielo.

—Ya se van —murmuró.

Sophie levantó la mirada también y vio a los dos enormes pájaros alejándose.

—Gracias por traerme aquí —le dijo acariciándole el labio inferior—. Ha sido una experiencia increíble.

—Eso espero —bromeó Javier.
—También me refiero a los cóndores —sonrió Sophie.
Javier le lamió el dedo y se lo metió en la boca, algo que a Sophie le pareció increíblemente erótico, pero cuando alargó el brazo para atraerlo hacia su cuerpo él se apartó.
—Nos tenemos que ir —anunció besándola por última vez con pasión—. ¿Confías ahora en mí por completo?
—Siempre he confiado en ti —contestó Sophie besándolo de nuevo.
—Entonces, puede que algún día me expliques por qué has tardado tanto en darte cuenta de que no te iba a hacer daño cuando te hiciera el amor —murmuró Javier.
—Algún día —contestó Sophie dubitativa.
—¿Te ha hecho alguien algo? —preguntó Javier preocupado.
—No —contestó Sophie tragando saliva—. A mí no.
—¿A quién entonces? —quiso saber Javier.
Sophie apretó los labios y no quiso mirarlo a los ojos. Jamás había hablado de aquel tema con nadie.
—¿Sophie?
Sophie se estremeció y decidió que había llegado el momento de abrir aquel baúl de los recuerdos tan desagradable. Al fin y al cabo, ya le había confiado su cuerpo, su espíritu y su esencia…
—Me daba miedo porque… porque… mi madre… mi madre sufrió muchas palizas… tuvo que ir muchas veces al hospital… —le explicó entre sollozos.
Cuando terminó, Javier la tomó entre sus brazos y la besó con ternura.
—Nos tenemos que ir —le dijo al cabo de un rato, cuando la encontró más calmada.
—Perdona —se disculpó Sophie—.. No quería preocuparte con mis problemas…
—No digas eso —murmuró Javier poniéndole un dedo sobre los labios—. Me alegro de que me lo hayas contado. Sospechaba algo así, pero quería que confiaras lo suficiente en mí como para que me lo contaras tú misma.
—Vámonos, tienes un montón de cosas que hacer. Para empezar, la maleta —comentó Sophie.
—No hace falta que te hagas la valiente delante de mí —

contestó Javier—. Además, por si no te acuerdas, tú también tienes que hacer la maleta.

Cuando llegaron a la clínica, Sophie vio a Anna esperándolos en lo alto de la escalera y sintió que su felicidad se evaporaba.

Mientras Javier paraba la furgoneta, pensó que los problemas no desaparecían por el mero hecho de darles la espalda. Había que enfrentarse a ellos y solucionarlos.

Anna parecía muy contenta. De hecho, se acercó a ellos dando saltitos y los saludó con una gran sonrisa, como si se alegrara mucho de verlos.

Por supuesto, toda su atención estaba concentrada en Javier.

—Han llegado más médicos —anunció emocionada—. Te están esperando dentro…

—Estaba esperando que llegaran —contestó Javier con frialdad —. ¿Han cenado? —añadió tomando a Sophie del brazo.

Sophie se dio cuenta de que aquel detalle no pasaba desapercibido a ojos de Anna.

—Sí, les he preparado algo en cuanto llegaron —contestó la doctora danesa demasiado emocionada.

—Bien —dijo Javier avanzando hacia la clínica—. Nosotros tampoco hemos cenado, así que…

—¿No has cenado? Te preparo lo que quieras —se ofreció Anna.

—No te preocupes, Sophie y yo picaremos cualquier cosa.

—Gracias de todas maneras, Anna —sonrió Sophie.

No había motivo para alentar el fuego del rencor entre ellas pues, al fin al cabo, eran colegas y tenían que trabajar juntas.

Al entrar en la clínica, Sophie oyó voces en la distancia y supuso que eran los médicos nuevos. Le apetecía conocerlos.

—Ha venido un médico de más —reveló Anna de repente.

—Maravilloso —contestó Javier—. Toda la ayuda que podamos tener nos viene de maravilla, ¿verdad, Sophie? —añadió girándose hacia ella.

Pero Sophie no lo oía. Se había quedado mirando fijamente a alguien.

—¿Estás bien? —murmuró.

Sophie negó con la cabeza.

—¡Sophie!

Sophie tragó saliva y consiguió sonreír. —Henry, ¿qué haces aquí?

Capítulo 8

HE VENIDO a ver a mi prometida, por supuesto —contestó Henry.

¿Prometida? Sophie se preguntó desde cuándo era ella su prometida.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que a Henry se le trababa la lengua. Podía ser por el largo viaje o porque hubiera bebido algo con alcohol ya que siempre había cervezas frías en la nevera de la clínica.

Fuera cual fuera la razón, aquella contestación iba a tener repercusiones y Sophie se estremeció al pensar en ello.

—¿Qué tal estás, cariño? —le dijo Henry abriendo los brazos—. Ven aquí y dame un beso.

—Está muy bien —contestó Javier—, ¿verdad, Sophie? Bienvenido a Perú —añadió estrechando la mano del otro médico.

—Encantado de conocerlo por fin, doctor Martínez Contreras.

—Por favor, llámeme Javier.

—Muy bien, Javier entonces. Muchas gracias por haber cuidado de mi prometida, de mi pequeña Sophie.

Mientras se aproximaba a ella dando tumbos, Sophie sintió vergüenza por él. De hecho, alargó el brazo para sujetarlo, pero Javier se lo bajó.

Anna asistía encantada a aquella escena.

Javier ignoró los comentarios de Henry y se comportó con total normalidad. Sophie se calmó un poco cuando le pasó el brazo por los hombros.

—Sophie es indispensable aquí —le explicó a Henry—, trabaja mucho y está muy cansada.

Desde luego, Sophie se encontraba exhausta emocionalmente tras haber hablado del matrimonio de sus padres y también

físicamente después de haberse pasado horas haciendo el amor con Javier.

—¿Verdad, Sophie? —le preguntó él guiándola a su habitación —. Dúchate y descansa.

—Muy bien —contestó Sophie mirando a Henry como pidiéndole disculpas.

Javier le abrió la puerta y, en lugar de quedarse fuera, entró con ella y la cerró.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —murmuró.

—No tengo ni idea —protestó Sophie sentándose en la cama.

La habitación era pequeña, pero con Javier enfadado dentro era ya diminuta. Sophie sintió que las paredes la ahogaban.

—Ya te he dicho antes que…

—Sé perfectamente lo que me has dicho, pero es obvio que no es cierto.

La miró a los ojos y le pareció ver ante sí la cara burlona de su padre. Aquella sinvergüenza lo había engañado. Aquello era una verdadera traición.

—Las mujeres como tú me dais asco —le espetó—. ¿Sabes por qué? Te lo voy a decir. Me dais asco porque caéis a mis pies en un minuto porque tengo dinero, claro.

—Un momento… —exclamó Sophie poniéndose en pie.

—¡No! —explotó Javier—. Dúchate porque no quiero que me sientas en tu piel y ven a reunirte con nosotros… con tu prometido y conmigo para cenar. Después del largo viaje que ha hecho, lo mínimo que podemos hacer es cenar con él.

—¿Crees a Henry en lugar de creerme a mí? —le preguntó Sophie mirándolo a los ojos—. Si es así, no eres el único que se siente engañado.

—No intentes hacer como si tú no fueras culpable, Sophie. Ya es demasiado tarde.

—Tienes razón, es demasiado tarde, pero yo no he hecho nada malo.

—Entonces, ¿me puedes explicar qué hace Henry aquí?

—No lo sé —contestó Sophie—, pero cuando esté sobrio tal vez nos lo explique.

—Te dejo para que te cambies de ropa y espero que vengas a cenar con nosotros —dijo Javier con frialdad.

—Por supuesto que voy a ir —le aseguró Sophie por si a Javier se le había pasado por la cabeza que pudiera huir.

Una vez a solas, Sophie apretó los dientes durante un rato y finalmente se duchó y se cambió de ropa.

—Me han dicho que habéis tenido algunos problemas —comentó Henry con cierta incertidumbre mirando a Anna.

Sophie se dio cuenta rápidamente de que había sido la doctora danesa la que se lo había contado, pero disimuló. Estaban todos sentados de manera civilizada alrededor de la mesa.

Cuatro médicos civilizados y educados.

Aunque para una persona de fuera hubiera parecido que todo era normalidad entre ellos, Sophie sabía que el ambiente estaba tenso por culpa de la desconfianza, la sospecha y los malos entendidos.

—¿Problemas? —dijo Javier con interés.

—Sí, me refiero al paseo nocturno de Sophie en mitad de la selva —contestó Henry.

—Lo cierto es que Sophie salvó aquella noche la vida de una niña —se apresuró a defenderla Javier.

—Comprendo —dijo Henry—. Me he precipitado sacando conclusiones —añadió visiblemente compungido—. Espero que todo esto no esté resultando demasiado duro para ti, Sophie.

Sophie se dio cuenta de que a Henry se le estaba pasando el efecto del alcohol y de que estaba realmente preocupado por ella.

—Todavía estoy en fase de aprendizaje —contestó ella mirando a Javier, que tenía una expresión inescrutable en el rostro—, pero estoy encantada de estar aquí, Henry —le aseguró sinceramente.

—Desde luego, no dudo que por aquí hay muchas cosas que hacer —comentó Henry— y Anna me ha dicho que siempre tenéis a Lola, que os ayuda mucho y os vigila.

—Lola se encarga de la organización y se le da muy bien —admitió Sophie—. Se encarga del trabajo administrativo en la clínica y su labor es de gran valor para el proyecto, pero no necesito que ni ella ni nadie me vigile, Henry.

¿Cuántas veces iba a tener que decírselo? ¿Cómo iba a tratarlo de manera educada si Henry se empeñaba en considerarla incapaz

de hacer nada sin supervisión?

De repente, se dio cuenta de que Javier la estaba mirando divertido. Era obvio que estaba disfrutando con aquello.

—¿Queréis café? —dijo Javier poniéndose en pie.

Sophie rezó para que Henry y Anna dijeran que no y se fueran. Se moría de ganas por quedarse a solas con Javier y ver si, por fin, se había convencido de que le estaba diciendo la verdad.

—Sí, muchas gracias —contestó Henry—. ¿Tú quieres, Sophie?

—Sí, gracias —contestó ella diciéndose que debía tener paciencia.

—Javier me ha dicho que se va mañana —comentó Henry.

—Efectivamente, tengo que ir a Lima —confirmó Javier.

—¿Y luego? —quiso saber Henry.

—Y luego me vuelvo España —comentó Javier con naturalidad.

Sophie sintió como si se le desgarrara el corazón. No le había pedido que lo acompañara. ¡Se había reído de ella! Sophie se apresuró a disimular sus emociones.

—No te preocupes, Sophie —dijo Henry.

—No me preocupo —se defendió ella.

—No debes preocuparte porque Javier se vaya. Sé que eres nueva aquí…

—No soy tan nueva, Henry, ni estoy preocupada —declaró Sophie con vehemencia.

—Ni tienes motivos para estarlo pues yo cuidaré de ti —le aseguró Henry.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Sophie atragantándose con el café.

—Sí, siempre y cuando a Javier le parezca bien, claro —contestó Henry.

Sophie se dijo que no debía dejar que su vida personal interfiriera en los intereses del proyecto. Necesitaban todos los médicos que estuvieran disponibles. Además, Henry era un buen médico.

Sin embargo, la clínica era muy pequeña y trabajar con él codo con codo todos los días se le antojaba a Sophie como una tortura de la que no había manera de escapar.

Miró a Javier, que sonreía en silencio y se preguntó cómo iba a sobrevivir a aquella situación cuando lo único que anhelaba era que

Javier la besara y la tocara.

—Por mí, no hay ningún problema. Me parece una idea maravillosa que te quedes un tiempo, Henry —le aseguró.

Sophie se dio cuenta de que estaba jugando con ella. ¿Se estaba vengando de su familia? Primero, se había reído de ella a nivel personal y ahora lo iba a hacer a nivel profesional obligándola a trabajar con Henry.

—Tu experiencia es indispensable para formar a otros médicos —continuó Javier mirando a Sophie.

Sophie sabía que todo lo que Javier hacía en Perú era en memoria de su hermano, así que no podía dejar que su orgullo dañara el proyecto.

—¿Estás seguro de que te puedes quedar algún tiempo? —quiso saber Javier.

—Sí, tengo tiempo —contestó Henry—. Por cierto, Javier, me estaba preguntando si…

—¿Sí?

—Si podría hablar con Sophie unos minutos a solas.

—Yo tengo que mirar unos documentos —anunció Anna contenta de haber provocado aquella situación.

—Estaré aquí fuera —dijo Javier poniéndose en pie.

—Henry, ¿qué te pasa? —le preguntó Sophie cuando se quedaron a solas.

—¿Porque no empiezas por explicarme por qué no llevas mi anillo? —contestó Henry con frialdad agarrándola de la muñeca.

Sophie se apartó de él.

—No lo llevo porque no me parece éste el lugar apropiado para lucir un anillo antiguo de tanto valor —contestó—. Sé que debe de ser muy querido para ti y por eso lo tengo guardado.

—¿Me lo tengo que creer?

—¿Que lo tengo guardado?

—No, que te lo has quitado por ese motivo —murmuró Henry enfadado—. Vivir y trabajar tan cerca de un hombre como Martínez Contreras…

—Cállate —lo interrumpió Sophie—. Cállate antes de que digas algo de lo que te arrepientas, Henry —añadió alejándose de la mesa.

Pero Henry la siguió.

—Javier es bastante más joven que yo, apasionado…

—¡Henry, no sigas!

—Pero yo también tengo sentimientos… —insistió Henry acercándose a ella.

—¡Henry! —protestó Sophie apartando la cara para que no la besara.

En ese momento, se abrió la puerta y Henry dio un paso atrás.

Sophie esperó a oír que Henry se sentaba para darse la vuelta. Durante unos breves momentos, nadie se movió ni habló. Entonces, Javier cruzó la habitación hacia ella. Sophie apretó los dientes para no llorar y se giró.

—Espero haberos dado suficiente tiempo —comentó Javier mirándola con curiosidad.

—Sí, gracias —contestó Henry.

—¿Sophie?

—Henry y yo ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos —contestó ella.

Y para que ninguno de los dos hombres tuviera dudas de sus intenciones, se sacó el anillo de Henry del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—Creo que esto debes tenerlo tú —le dijo.

—Sí, yo también lo creo —contestó Henry—. Perdóname.

Después de lo que había oído, Javier se dio cuenta de que no podía dejar a Sophie con Henry. Debía alejarla de allí, pero, ¿qué sucedería si su madre se enterara de que mantenía una relación con un miembro de la familia Ford? Sería una pesadilla, pero no tenía otra opción.

—Me encantaría quedarme aquí trabajando contigo en Perú —le estaba diciendo Henry a Sophie—. Me he tomado unos meses de descanso y estoy dispuesto a hacer lo que sea…

Sophie se dio cuenta de que Henry era un buen hombre, pero estaba muy solo y ella había dado pie a un juego peligroso no dejándole claro desde el principio que no lo amaba.

Lo admiraba, eso sí, pero iba a resultar difícil trabajar con él aunque, por el bien del proyecto, estaba dispuesta a intentarlo.

—Vas a ser de gran ayuda para el proyecto —le aseguró Sophie —y volveremos a trabajar juntos de nuevo —añadió intentando sonar contenta.

—Eh… —la interrumpió Javier—. Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Por qué no? —quiso saber Sophie.

¿La iba a mandar a casa? ¿No la consideraba preparada para estar allí?

—Te necesito a mi lado —se limitó a contestar Javier.

—Pero yo creía…

—Me da igual lo que hayas creído —dijo Javier—. Ahora que Henry está aquí, quiero que vengas conmigo pues me serás de mucha ayuda.

Sophie sintió como si la hubieran golpeado en el estómago. Javier estaba hablando en un tono frío y profesional. Era obvio que la intimidad que había habido entre ellos había pasado a un segundo plano.

Intentó disimular su dolor.

—Muy bien —dijo encogiéndose de hombros—. He venido aquí a trabajar, Javier, e iré donde tú creas que soy más necesaria,

—Muy bien —dijo Javier satisfecho—. Entonces, vamos a cenar y a dormir, que mañana hay que madrugar. ¿A ti qué tal se te da cocinar, Henry? —añadió sonriendo y dándole una palmada en el hombro a su nuevo compañero.

Capítulo 9

UNA VEZ en Lima, Javier reservó una planta entera del hotel Inca Continental. —Esta es mi habitación —anunció Javier. Sophie intentó disimular la decepción que le causaba que fueran a dormir en habitaciones separadas.

—¿Vienes? Tenemos una reunión en menos de una hora.

—Sí, por supuesto —contestó Sophie.

—Este es tu salón —añadió Javier mostrándole una estancia donde había varios sofás.

Todavía no le había dicho qué hacían en Lima, pero Sophie decidió aprovechar para ver cómo vivía Javier.

—Y ésta es tu habitación.

Sophie se quedó anonadada al ver el tamaño de su dormitorio. Las paredes estaban enteladas con seda azul cielo y en el centro de la estancia había una gran cama.

—Espero que te guste —murmuró Javier.

—Desde luego, es mejor que el campamento —contestó Sophie con sequedad.

—Aquí está el baño, del que podrás disfrutar mientras yo voy a la reunión.

—Creí que iba a ir contigo.

—A esta primera reunión, no… Es privada. No tiene ninguna relación con el proyecto. —Comprendo.

—No, no lo comprendes.

Mientras se preguntaba si tenía que mostrarse tan desagradable con ella, Sophie se dio cuenta de que a pesar de la enormidad de la habitación Javier lo ocupaba todo.

No había manera de escapar.

—¿Te tienes que ir ya? —le preguntó con la esperanza de que

Javier contestara que no.

—¿Por qué? ¿Quieres que hablemos de algo? ¿Hablar? No era eso lo que a Sophie le hubiera apetecido realmente hacer, pero…

—Si te vas a ir del país, quiero saber cuándo te vas y qué va a ser de mí cuándo te vayas.

Tanta sinceridad lo sorprendió. Se dio cuenta de que Sophie esperaba algún tipo de compromiso por su parte. La abrazó por la cintura y la atrajo contra sí. El reflejo de ellos en el espejo le dejó claro que formaban una buena pareja.

Podrían ser marido y mujer.

Se apartó de ella al comprender que Sophie podía estar pensando lo mismo.

—Yo me vuelvo a España y tú te puedes venir conmigo, pero…
—¿Pero?

—Pero no te puedo prometer nada duradero —le espetó Javier decidiendo que era mejor ser sincero desde el principio aunque le hiciera daño.

—Lo sé —dijo Sophie.

De todas formas, ¿qué quería decir duradero? ¿Sufrimiento duradero como el de sus padres? En el fondo, Sophie sabía que Javier iba a decir algo parecido y creía estar preparada para oírlo, pero no era así.

Apretó los párpados para no llorar delante de él.

—No te pongas así —murmuró Javier—. Ahora mismo, te quiero junto a mí.

Javier se dio cuenta de que estaba hablando con sinceridad, pero que Sophie iba a interpretar sus palabras como que sólo la quería como una aventura temporal. Se despreció por ello.

—No juegues conmigo, Javier —dijo Sophie mirándolo a los ojos.

—¿Quién ha dicho que esté jugando contigo? —dijo él con ternura.

Sophie se sintió completamente seducida por su voz, pero se dijo que Javier era su jefe y que no debía olvidarlo. Habían ido a Lima por motivos de trabajo, suponía ella, y debían trabajar.

—¿Por qué estamos aquí, Javier?

—Ya te lo he dicho.

—No, no me has dicho nada. Me debes una explicación…

—No te debo nada —le espetó Javier.

—¿Es por lo de Henry?

—No —contestó Javier—. Me di cuenta de que había bebido más de la cuenta en cuanto nos sentamos a la mesa y, en lo que a mí respecta, ya me he olvidado de él. Si mi hubieras explicado lo que tenías con él de manera que un hombre lo pudiera entender…

—¿Un hombre como tú?

—Cualquier hombre que no esté dispuesto a compartir a su mujer te diría lo mismo —contestó Javier impaciente—. Creí que confiabas en mí. Creí que después de haberme contado lo de tus padres y de todo lo que hemos compartido tanto física como emocionalmente… —se interrumpió al verla llorar—. Sophie…

Sophie se apartó de él y Javier se sorprendió de lo mucho que aquello le dolía. Volvió a intentarlo y aquella vez consiguió tomarla entre sus brazos y consolarla.

Pero en el momento en el que la sintió contra su cuerpo, se dio cuenta de que la deseaba más que nada en el mundo. Se preguntó si algún día aquel apetito quedaría saciado y, mientras la tomaba en brazos y la depositaba sobre la cama, se dio cuenta de que la respuesta era negativa.

Apartó la colcha con impaciencia y la desnudó. A continuación, se quitó el también la ropa en silencio. No hacía falta hablar y sin hablar consiguió que Sophie experimentara el placer total

Cuando se introdujo en su cuerpo y notó que sus músculos internos lo abrazaban con pasión, Javier se quedó sin respiración y se dio cuenta de que jamás había experimentado un placer así.

Era obvio que se necesitaban y que salir de su cuerpo le resultó una ardua tarea, pero tenía una reunión con los políticos y los periodistas, así que no había más remedio.

Sophie suspiró y él le dio un beso antes de irse.

—¿Cómo te puedes ir cuando te deseo tanto? —murmuró Sophie cuando fue a despedirse de ella.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —le prometió Javier—. Además, así, si tienes que esperar me desearás todavía más.

—Eso es imposible —le aseguró Sophie con una sonrisa.

—Duerme un poco —murmuró Javier besándola en la frente—. Voy a decir en recepción que te manden a una masajista para que te relaje.

—Estoy muy relajada después de lo que acabamos de hacer. Si me relajo más, puede que no me despierte.

—Te aseguro que te despertarás cuando yo llegue —dijo Javier sonriendo divertido.

Sophie se dio un baño de media hora y sólo salió de la bañera cuando el teléfono le anunció que la masajista iba hacia su habitación.

Resultó que no era una masajista sino dos y la experiencia fue tan maravillosa que Sophie se sorprendió a sí misma deseando que se repitiera todos los días.

Al cabo de un rato, oyó que la puerta se habría.

—¿Javier?

Notó sus manos en la espalda y sonrió encantada.

—Tienes una hora para prepararte porque están esperando los medios de comunicación —le murmuró Javier al oído.

—¿Cómo? —exclamó Sophie irguiéndose y tapándose los pechos con la toalla.

—Eres mi portavoz y esa toalla te sobra —contestó él tirándola al suelo.

—¡No tenemos tiempo! —exclamó Sophie ahogando un grito de placer cuando Javier le tomó los pechos en las palmas de las manos.

—¿Ah, no? —sonrió él mientras Sophie le abrazaba la cintura con las piernas.

—No te atreverás —murmuró ella con la respiración entrecortada.

—¿Todavía no has aprendido que siempre estoy dispuesto a aceptar un reto? —dijo Javier quitándose la chaqueta y desabrochándose los pantalones.

La primera entrevista de Sophie resultó mejor de lo que ella esperaba a pesar de que la preciosa presentadora que la estaba entrevistando no paraba de mirar Javier.

Por un momento, Sophie temió que Javier la encontrara irresistible, pero de alguna manera sospechaba que lo que había entre ellos era algo más que físico.

Había entre ellos un vínculo que iba mucho más allá del sexo. Jamás había confiado tanto en nadie. Jamás se había entregado a nadie como lo había hecho con Javier.

Por fortuna, parecía inmune a las miradas de la presentadora.

—Has estado fabulosa —le dijo cuando terminaron depositando un beso en su mejilla—. Muchas gracias, Sophie. No te puedes imaginar lo que esto supone para el proyecto. El mundo tiene que ver a mujeres jóvenes y alegres…

—¿Mujeres jóvenes se alegres? —bromeó Sophie—. ¿Es eso lo que ves cuando me miras?

—Quizás —sonrió Javier.

—¿Así que me estás utilizando como campaña publicitaria? —rió Sophie disfrutando de aquel momento de íntima complicidad.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que el proyecto salga bien —contestó Javier con sinceridad.

Un rato después, mientras compartían un café, Javier le dijo que durante su estancia en Lima iba a tener que hacer muchas entrevistas y que iba a tener muchas reuniones, a algunas de las cuales Sophie iba a tener que acudir.

Tras hacer la comanda, Sophie intentó saber qué iba a ser de ellos.

—Estaremos en Lima un par de semanas —contestó Javier-y, luego, yo me vuelvo a España. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Has decidido dónde quieres ir?

La sorpresa y el dolor se apoderaron de Sophie.

—No estoy segura.

—Eso no es propio de ti —dijo Javier frunciendo el ceño y agarrándola de la mano.

Sophie pensó que tampoco era propio de ella sentirse como si le estuvieran desgarrando el corazón.

—Supongo que terminaré mi contrato en Perú y volveré a St. Agnetha's.

—Comprendo —dijo Javier con el ceño fruncido—. Me podrías ser de ayuda en Europa.

—¿En calidad de qué?

«¿En calidad de mi amante?», se preguntó Javier poniéndose en pie y paseándose por la estancia.

Sabía que Sophie diría que no y la idea de separarse de ella se le

hacía insoportable.

Javier se dio cuenta de que debía tomar una decisión muy importante. Tenía que elegir entre arruinar la vida de su madre eligiendo a Sophie o arruinar la de Sophie y la suya propia por no herir a su madre.

Se giró hacia ella y deseó que se fuera a trabajar como médico en España. Así, al menos, trabajarían juntos.

—Aparte de hacer lo mismo que estás haciendo en Lima, tengo un par de proyectos en mente —contestó encogiéndose de hombros.

Sophie tragó saliva. Apartó la mirada y se dio cuenta de que había estado haciendo castillos en el aire. Una familia feliz, un futuro compartido… Sin darse cuenta emitió un sonido de burla contra sí misma por su estupidez.

—No se si podré seguir adelante con esto —confesó en un susurro.

—¿Con qué? —preguntó Javier tomándola de los brazos y poniéndola en pie.

—Me refiero a nosotros —contestó Sophie.

—¿Nosotros? —dijo Javier mirándola a los ojos—. ¿De qué demonios estás hablando?

—De ti, de mí… del sexo —contestó Sophie apartando la mirada —. Esto no es para mí, Javier. Yo…

—¿Qué? Creí que te gustaba.

—Y me gusta.

—¿Entonces? Te aseguro que no podría hacerle el amor a una mujer como te lo hago a ti si esa mujer no significara nada para mí.

—El problema es que no sé cuántas mujeres significan algo para ti.

Javier se apartó de ella. Sophie se dio cuenta de que lo había sorprendido su comentario.

—Me decepcionas, Sophie —protestó Javier—. No me puedo creer que dudes de mí. ¿Prefieres volver a la clínica cuando yo me vaya? —le preguntó impaciente.

—¿Podrías arreglarlo? —preguntó Sophie rezando para que Javier contestara que no.

—Por supuesto —contestó Javier presa del orgullo.

Sophie pensó que así de fácil le resultaba a él deshacerse de ella. Javier había tenido éxito en su misión: enseñarle cómo era el sexo.

—¿Y qué soy yo para ti? —le espetó—. ¿Soy una especie de experimento médico?

—¿De qué demonios estás hablando?

—Lo sabes perfectamente, Javier. El sexo… —contestó Sophie con dolor.

Javier se acercó a ella para consolarla, pero Sophie se resistió.

—Suéltame —le dijo—. Por favor, suéltame. Esto no tiene sentido.

Javier la soltó y Sophie fue hacia la puerta. No sabía dónde ir. Apenas veía a través de las lágrimas.

—Quiero volver a la clínica cuanto antes —dijo dándole la espalda.

Javier se acercó a ella y la apretó contra la pared. Aquella vez, Sophie no se cubrió con los brazos. Sabía que Javier jamás le haría daño. Se obligó a mirarlo a los ojos y la agonía que vio en ellos la sorprendió.

Era lo último que había esperado ver.

—No me hagas esto, Sophie —le rogó Javier—. No nos hagas esto a los dos.

—No puedo…

—¿No puedes qué?

—No puedo soportar la incertidumbre que hay entre nosotros, Javier porque… te quiero —confesó Sophie.

Javier sopesó aquellas palabras.

—Jamás hubiera pensado que iba a escuchar eso de tu boca.

—No me digas que me vaya —murmuró Sophie. —Te aseguro que lo último que quiero en el mundo es que te vayas —dijo Javier besándola con ternura.

Las semanas se fueron sucediendo muy deprisa entre entrevista y entrevista. Una legión de voluntarios llegó a Lima para ayudarlos.

Vivir con Javier era como una montaña rusa de pasión y risas y mucho trabajo, pero Sophie no se quejaba.

Una noche, mientras estaba acurrucada entre sus brazos, se dio cuenta de que Javier quería decirle algo importante.

—¿En qué estás pensando?

—En lo mucho que te quiero —confesó Javier.

—Eso está bien —suspiró Sophie.

—Me estaba preguntando, además, si sería un buen momento para pedirte de nuevo que te vinieras a trabajar conmigo cuando volvamos a Europa.

—¿Intentando sobornarme?

—No, intentando captar a una excelente médico. ¿Quieres trabajar conmigo, Sophie? Tendrías que ocuparte del proyecto en España, de reclutar médicos voluntarios, de organizar diferentes actividades y de venir a Perú de vez en cuando…

La desilusión hizo que Sophie no siguiera escuchando. Profesionalmente, Javier le estaba ofreciendo una maravilla, pero personalmente no le ofrecía nada.

Los planes que Javier tenía para ellos en el futuro sólo hablaban de trabajo. Debía asimilarlo. No debía dejar que el orgullo se interpusiera entre ella y sus intereses profesionales.

Además, así podría estar cerca de él mientras su relación durara.

—Lo nuestro no cambiará —le aseguró Javier como si le hubiera leído el pensamiento—. Nuestra relación puede funcionar aunque trabajemos juntos. ¿Qué me dices?

—Que sí —contestó Sophie intentando no llorar.

Mientras Javier iba a una reunión, Sophie se quedó estudiando unos documentos. Mientras lo hacía, encendió la televisión y no dio crédito a lo que estaba viendo.

La cara cubierta de barro de la persona que estaban entrevistando le llegó al corazón. Subió el volumen y escuchó atentamente. Al comprender la importancia de lo que estaba escuchando, Sophie se tensó y su mano agarró automáticamente el teléfono.

—Necesito hablar con el doctor Martínez Contreras —le dijo a la telefonista—. Es una emergencia.

Mientras esperaba, se volvió a fijar en los documentos que tenía ante sí y una nota que no había visto antes llamó su atención.

Javier, cariño, no te olvides de que hemos quedado esta tarde. Sin ti, estoy perdida.

A Javier no le sorprendió encontrar a su madre rodeada de varios hombres en un hotel situado al otro lado de la ciudad.

La señora Martínez Contreras era encantadora, guapa e inteligente a pesar de que sus ojos todavía reflejaban una herida que el tiempo no había podido curar.

Al entrar, Javier oyó su risa y comprobó que incluso el presidente estaba encandilado con ella.

«Disfruta lo que puedas, mi querida madre, porque te voy a romper el corazón», pensó.

En aquel momento, comenzó a sonar su teléfono móvil y Javier frunció el ceño. Era lo último que le apetecía en aquel instante.

—Javier… Javier, ¿eres tú?

Sophie lo oyó disculparse y se dio cuenta de que, obviamente, estaba con la persona que le había escrito la nota.

En aquellos momentos, su situación personal no importaba puesto que lo que tenía que decirle era mucho más acuciante.

—Hola, Sophie —contestó Javier con frialdad dejándole claro que su intrusión no era bienvenida.

—Javier, lo siento…

—¿Qué ocurre?

—Tienes que venir inmediatamente. —No puedo.

—Debes hacerlo.

—No puedo. No estoy en el hotel. Estoy en el otro lado de la ciudad.

—Javier, es realmente importante… —insistió

Sophie.

—Sophie, en estos momentos me es completamente imposible. Volveré en cuanto pueda. —No…

Sophie estaba a punto de explicarle la situación cuando oyó una risa femenina y todas sus sospechas se vieron confirmadas.

—Sophie… Sophie, ¿sigues ahí? ¿Estás bien?

—Sí, sí —acertó a contestar Sophie.

—¿Qué ocurre?

—Nada —mintió Sophie—. Ya me las apañaré.

—¿Estás segura? Lo siento, pero no me has pillado en un buen momento. De verdad, ahora mismo no puedo ir.

«Seguro que no», pensó Sophie irritada.

Una inundación estaba arrasando la clínica, la gente de la aldea

estaba perdiendo sus hogares y no sabía cuántos heridos o muertos había, pero el doctor Martínez Contreras no estaba dispuesto a sacrificar su placer.

—Volveré en cuanto pueda —le prometió Javier antes de colgar.

Su madre sintió su presencia en cuanto Javier entró en el salón y se levantó a saludarlo.

—Javier, cariño.

—Mamá, me gustaría hablar contigo a solas —murmuró besándola en las mejillas.

—Por supuesto, mi vida —contestó su madre—.¿Qué te ocurre?

—Me he enamorado —admitió Javier una vez a solas con su madre.

—¡Cuánto me alegro de oír eso! —¿De verdad?

—Por supuesto —le aseguró su madre—. Pero pareces triste. ¿Qué ocurre? ¿Se trata de una mujer casada?

—Me temo que es mucho peor que eso —contestó Javier.

—¿Peor?

Javier tomó aire y se preparó para infligirle a su madre un dolor que sabía iba ser insoportable. —Me he enamorado de un miembro de la familia Ford… —le dijo—. Se trata de Sophie.

—Sophie…

Javier observó horrorizado cómo a su madre se le saltaban las lágrimas.

—Lo siento mucho, mamá. No he podido evitarlo… me he enamorado de ella por completo… —Javier, ¿por qué dices eso? Tu padre y yo siempre estuvimos muy preocupados por esa pobre chica.

—¿Me estás diciendo que no te parece mal que me case con ella?

Javier se quedó pensando en aquel rostro que amaba tanto y se dio cuenta de que había cometido un terrible error.

—Me parece que me estoy precipitando —le dijo a su madre.

—¿Por qué?

—Porque no le he dicho a Sophie lo que siento por ella. De hecho, me ha llamado hace un momento y no le he hecho caso. Ahora me doy cuenta de que la estoy haciendo sufrir…

—Vete con ella inmediatamente, Javier. Debes decirle lo que sientes por ella ahora mismo. Si no lo haces, después de todo lo que

ha sufrido esa pobre chica en su vida, podrías perderla.

Sophie revisó las opciones que tenía y decidió ir inmediatamente a la clínica. Habló con la operadora para que localizara a un piloto pues Evie estaba de vacaciones y pidió un taxi.

Capítulo 10

CUANDO llegó al aeropuerto, Sophie se enteró de que su vuelo iba a salir con retraso y no tuvo más remedio que esperar. Apartó de su mente con determinación los recuerdos y las imágenes de Javier e intentó no pensar en él con otra mujer. Estaba prácticamente segura de que se trataba de la entrevistadora que se lo había comido con los ojos unas semanas atrás.

Al cabo de una hora, se estaba mordiendo las uñas.

Era obvio que Javier se había deshecho de ella sin pensárselo dos veces. Si hubiera querido ir en su busca, no habría tenido más que preguntar en el hotel dónde la había llevado el taxi.

Cuando, por fin, consiguieron despegar Sophie no se molestó en darle conversación al piloto.

—¿Cuánto falta? —le preguntó transcurridas unas horas.

—Ya estamos llegando —contestó el hombre.

Sophie miró por la ventana y comprobó con alivio que había varios camiones avanzando por las montañas hacia la aldea. Aquello la hizo respirar más tranquila. Fijándose un poco más, vio que también había un avión de carga.

—Debería haberme dado cuenta —murmuró para sí misma comprendiendo que todo aquello había sido obra de Javier.

Lola fue a recogerla y comenzó a hablar de Javier como si fuera el salvador. Sophie se limitó a asentir con los labios apretados.

Cuando llegaran a la clínica, Sophie comprobó que había muchísimos voluntarios ayudando, entre ellos Marcos y Angelina, los hijos de Agustín y Francisca.

No reconoció a Henry, que ya no vestía el serio traje con el que había llegado y que parecía haber encontrado lo que realmente quería hacer en la vida. Anna la recibió con una sonrisa sincera.

Era obvio que muchas cosas habían cambiado durante su ausencia.

—Javier va a enviar más material —le explicó Henry—. De hecho, está a punto de llegar… —añadió mirando el reloj sin darse cuenta de que Sophie había palidecido.

—¿Javier viene para acá?

—Sí, llega en el próximo vuelo —le confirmó Henry—. ¿No lo sabías?

—No estaba segura de que en qué vuelo iba a llegar —mintió Sophie—. ¿Ha habido víctimas? —añadió intentando cambiar de tema.

—No, hemos tenido mucha suerte. Tampoco hemos tenido heridos graves.

Aquello sí que eran buenas noticias y Sophie decidió concentrarse en ellas para intentar olvidarse de Javier y de su inminente llegada.

—Los que estaban un poco peor se los han llevado al hospital Armando Martínez Contreras, pero no han sido muchos. Los daños más graves han sido materiales. Hay mucha gente que ha perdido su casa.

—Oh, Henry —exclamó Sophie dándose cuenta de lo que había cambiado realmente—. Te importa mucho esta gente, ¿verdad?

—Sí —admitió Henry—. Además, me he enamorado.

—¡Henry! —exclamó Sophie—. Cuánto me alegro por ti. ¿De quién se trata?

—De Anna Groes.

—¡Anua!

—Espero que no te importe.

—¿Importarme? Por supuesto que no —le dijo Sophie sinceramente.

—¿Quién va a ir a buscar a Javier? —bromeó Henry.

—Supongo que yo —sonrió Sophie intentando disimular—. ¿A qué hora llega su avión?

—Me temo que te vas a tener que ir ya —contestó Henry entregándole las llaves de la furgoneta.

Sophie condujo hasta la polvorienta pista de aterrizaje y esperó con el corazón a que aterrizara el avión de Javier.

Javier no tardó mucho en bajar de él. De hecho, saltó a tierra

antes de que al piloto le hubiera dado tiempo de apagar los motores.

No parecía que nadie lo acompañara, pero Sophie esperó para asegurarse.

Como si tuviera un sexto sentido y hubiera presentido su presencia, Javier se giró hacia ella. Cuando sus miradas se encontraron, fue hacia Sophie corriendo.

—Me sorprende que hayas podido venir —comentó ella con ironía.

—¿Por qué dices eso?

—Y vienes solo.

—Por supuesto que no vengo solo —dijo Javier señalando a todos los voluntarios que habían llegado con él—. ¿Por qué no me has esperado?

—Porque quería llegar aquí cuanto antes —se defendió Sophie —. Pensé que Henry…

—¿Henry? ¿Qué tiene que ver Henry en todo esto? —le espetó Javier.

A Sophie no le dio tiempo a contestar pues Javier se dio media vuelta y se alejó hacia la furgoneta. Mientras se subía a ella, Sophie se dio cuenta de que estaba tan tensa que se había clavado las uñas en las palmas de las manos.

Se dijo que el trabajo era más importante que sus sentimientos personales y se dirigió también hacia la furgoneta.

—Mientras vamos hacia la clínica, te pondré al corriente de todo —le dijo Javier.

—Ya he hablado con Henry —contestó él sin mirarla—. Me ha contado todo lo que necesito saber, así que si no te importa me gustaría llegar lo antes posible.

Sophie pensó que nunca lo había visto tan enfadado y lo pagó con la puerta de la furgoneta.

—Cuando hayas terminado de romper mis cosas, ¿te importaría que nos fuéramos? —dijo Javier.

Se había equivocado con Sophie y no estaba dispuesto a hacer cola detrás de Henry.

Sophie puso en marcha la furgoneta y pensó que Javier no había podido aguantar la humillación de que lo dejara plantado en Lima.

—Pues será mejor que te vayas acostumbrando —dijo en voz

alta.

—¿A qué? —preguntó Javier con frialdad.

Sophie lo ignoró y se concentró en la conducción. Durante el trayecto, se dio cuenta de que a pesar de que tenía motivos para odiarlo lo cierto era que lo seguía deseando.

Lo amaba más que nunca y tal vez nunca dejaría de hacerlo, pero el amor no era suficiente. También debía haber lealtad y confianza. Sin eso, no era posible mantener una relación.

Cuando llegaron a la clínica, sintió un inmenso alivio. Una vez allí, Javier bajó de la furgoneta y fue directamente a hablar con Henry. Por los retazos de conversación que llegaron hasta Sophie, Javier le estaba diciendo lo bien que lo estaba haciendo. Sophie sintió cierta envidia hasta que recordó todo lo que había hecho en Lima.

Minutos después, se vio de nuevo al volante llevando a Javier hasta la cima de la montaña. Nadie hablaba en el interior de la furgoneta y, cuando vieron el río que se había desbordado, Sophie se olvidó de sus problemas personales y volvió a ser médico.

Al igual que Javier, experimentó un gran alivio al comprobar que la mayoría de los escombros habían sido retirados ya.

—Supongo que muy pronto volveremos a la normalidad —comentó Sophie muy contenta.

—Sin duda —contestó Javier mientas volvían a la furgoneta—. Menos mal que Henry estaba aquí. Estoy realmente impresionado. Lo ha coordinado todo de manera asombrosa. Es una gran suerte contar con él, con un médico en el que puedo confiar.

—¿Qué me estás intentando decir? —le espetó Sophie—. ¿Me estás diciendo que no confías en el resto de nosotros?

—Lo cierto es que tenías mucha prisa por volver a verlo —dijo Javier con recelo.

—Y tú no tenías ninguna prisa por irte de Lima, ¿verdad? Supongo que los encantos de esa mujer eran demasiado fuertes para resistirte.

—¿Qué mujer? Si lo que te ocurre es que quieres quedarte aquí trabajando con Henry, no tienes más que decírmelo. Me iré a España y le dejaré el campo libre a Henry.

—¡Henry y yo no tenemos nada! —exclamó Sophie.

¿Cuántas veces iba a tener que decírselo? ¡Y para colmo tenía la

desfachatez de acusarla de estar con Henry cuando él había metido en la cama a otra mujer antes de que sus sábanas se hubieran enfriado!

Aquella pequeña distracción fue suficiente para que Sophie perdiera el control de la furgoneta que fue a parar a la cuneta tras derrapar unos metros.

Ninguno de los dos sufrió heridas, pero cuando Javier se ofreció para ayudarla a salir del vehículo Sophie se negó con vehemencia.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí, estoy bien —le aseguró Sophie—. No te acerques a mí, Javier. Te lo digo en serio. No te acerques a mí.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —le espetó Sophie.

—Me has dejado plantado sin una sola palabra…

—¿Yo te he dejado plantado? No me lo puedo creer —estalló irritada—. Has sido tú en el que me has dejado en el hotel mientras te ibas a ligar…

—¿A ligar?

—No hagas como si no supieras de lo que te estoy hablando —lo acusó echando los hombros hacia atrás.

—No sé de qué me hablas —le aseguró Javier acercándose a ella.

—Me has dicho que tenías una reunión —dijo Sophie mirándolo con frialdad—. Yo creía que estabas en el hotel, pero por lo visto me he equivocado.

—Te has equivocado con muchas cosas, Sophie —observó Javier también con frialdad.

—Para empezar, contigo. Para que lo sepas, no mantengo relaciones con ligones en serie…

—Me alegro de oírlo porque yo no mantengo relaciones con mujeres que se acuestan con otros hombres. Estarás de acuerdo conmigo en que así no hay manera de quererse.

—¡Quererse! —se burló Sophie—. ¡Me acusas de haberme acostado con Henry y luego me vienes hablando de amor! No ha habido nadie antes de ti y no va haber nadie después de ti. Estoy harta de los hombres…

—Yo lo único que sé es que has venido corriendo para estar junto a Henry.

—He venido corriendo para ayudar en las labores de rescate —apuntó Sophie sinceramente—. Creía que había algo entre nosotros, algo especial. He sido tan estúpida que he llegado a creer que significábamos algo el uno para el otro… —se interrumpió para tomar aire—. Y cuando oí la risa de esa mujer…

—¿Has terminado? —le preguntó Javier con calma.

—¿Contigo? Sí.

¿Por qué le dolía tanto? ¿Sería porque estaba acostumbrada a pelear y no rendirse? Cuando Javier dio un paso hacia ella, Sophie se apartó.

—¿Ahora me toca mí?

—Por favor —contestó ella sin mirarlo a los ojos.

—Lo que ha ocurrido es que has oído a una mujer riéndose mientras hablabas conmigo por teléfono, ¿verdad? Contéstame, Sophie —dijo Javier obligándola a girarse hacia él—. Ahora comprendo por qué has abandonado el hotel y has tomado el primer vuelo hacia aquí. ¿Tengo razón?

—Sé perfectamente lo que he oído —insistió Sophie—, así que no te molestes en negarlo, Javier.

—No iba a hacerlo.

Sophie lo miró con dureza.

—Continúa —le ordenó dispuesta a acabar con aquello cuanto antes.

—Tienes razón. Había una mujer conmigo y se estaba riendo…

De repente, Sophie se dio cuenta de que no quería escuchar aquello.

—Para, por favor, para.

—No, no voy a parar. Tienes que escucharme, Sophie. Estaba con mi madre. Estaba de buen humor pues acababa de finalizar una reunión con el presidente de Perú para abrir un segundo complejo de lujo. Se mostró todavía más feliz cuando le dije que estaba enamorado de ti.

—¿Tu madre? —murmuró Sophie intentando asimilar aquello.

—Exacto, mi madre. Ahora, dime tú a mí por qué tenías tanta prisa en llegar aquí, por qué no me has esperado para que pudiera explicártelo todo.

—Vi la nota y pensé que…

—Me parece que el verdadero problema ha sido que no has

pensado en absoluto —la interrumpió Javier con frialdad—. Si lo hubieras hecho, te habrías dado cuenta de que podía coordinar la misión de rescate mucho mejor desde Lima que desde aquí.

La amaba. Javier le había dicho a su madre que la amaba…

—Creí que no te querías ir de Lima porque estabas con otra mujer.

—Tenía trabajo —explicó Javier—. En cuanto a estar con otra mujer…

La miró con pasión y Sophie se dio cuenta de que había infligido un daño irreparable a su relación.

—Tú eres la única mujer con la que quiero estar —le aseguró Javier —Aunque a veces me pregunto por qué. Ven aquí —le dijo ofreciéndole la mano e intentando no sonreír.

Sophie la aceptó y en ese momento oyeron unos ruidos que procedían de los árboles.

—¿Has oído eso? —dijo Javier—. Voy a ver qué es…

Mientras esperaba, Sophie se dedicó a recoger leña para encender un fuego.

Al poco tiempo, Javier volvió acompañado por un grupo de indígenas.

—Nos van a ayudar a sacar la furgoneta, pero hoy ya no hay tiempo pues está oscureciendo —le explicó—. Nos han invitado a quedarnos esta noche a dormir en su aldea.

—¿Y qué les has dicho?

—Que muchas gracias. No tenemos muchas opciones a no ser que quieras dormir en la furgoneta.

—Prefiero la aldea, la verdad —contestó Sophie sonriendo.

—Tenemos que irnos inmediatamente pues tienen prisa. Esta noche tienen una celebración.

—¿De qué se trata?

—Hay luna llena y van a hacer un ritual de fertilidad —le explicó Javier.

Sophie sintió que el corazón comenzaba a latirle a toda velocidad.

—Si no quieres venir conmigo, Sophie, ahora es el momento de que me lo digas —dijo Javier.

Sophie sonrió y aceptó su mano.

Capítulo 11

ESTO es como retroceder miles de años», pensó Sophie mientras se acercaba al claro donde se estaba celebrando la ceremonia. Los ritmos, el color y la música, junto con el incienso, formaban un conjunto que Sophie no había visto ni experimentado jamás. Aquello era embriagador y sensual.

Se giró hacia Javier y se dio cuenta de que la estaba mirando… ¡como si estuviera aguantando una carcajada!

—¿Qué pasa? —le preguntó.

De repente, recordó que tenía la cara llena de barro y comenzó a quitárselo con la mano.

—Sí, ya sé que no estoy muy elegante.

—A mí me parece que estás estupenda —le aseguró él.

—¿De verdad?

—Presta atención —murmuró Javier señalándole el centro del claro.

Pero Sophie no podía prestar atención. Sólo podía concentrarse en que estaba abrazada a él y le encantaba aquella sensación. Le parecía sentir sus manos por todo el cuerpo, recordaba perfectamente sus caricias.

Prestó atención, sin embargo, cuando un joven y una chica acompañados por algunos ancianos de la aldea llegaron al claro. Todos llevaban unos atuendos maravillosos y andaban con la gracia sinuosa propia de su tribu.

Había sobre la joven pareja un halo de sensualidad que no hizo sino excitar todavía más a Sophie.

Era como si lo que estaba ocurriendo frente a sus ojos fuera el reflejo de lo que iba a suceder entre ella y Javier.

Un hombre increíblemente alto hizo de maestro de ceremonias y

la joven pareja comenzó a bailar dedicándose miradas inequívocas.

—¿Qué te parece la ropa que llevan? —le preguntó Javier.

—Querrás decir la poca ropa que llevan, ¿no? —murmuró Sophie girando levemente la cabeza.

Sus cabezas estaban tan cerca…

Las sensaciones se estaban apoderando de ella a toda velocidad y lo único que quería era olvidarse de todo y perderse en el cuerpo de Javier.

Quería tumbarse en el suelo con él y hacer el amor al ritmo de los tambores.

—Puede que no volvamos a ver algo como esto en la vida —le dijo Javier al oído haciéndola estremecerse de placer.

Sophie se obligó a concentrarse en la ceremonia. Ropa de vibrantes colores, hombres vestidos de rojos y ocres, azules y blancos, sombreros rojos, faldas, chales…

—¿Ya no puedes más? —dijo Javier con voz ronca.

—No —confesó Sophie.

—¿Quieres que vaya a averiguar dónde vamos a dormir? —murmuró él.

—Sí, por favor…

Javier la tomó de la mano y la apartó del semicírculo de espectadores. Tras preguntar a un indígena, les indicaron una cabaña apartada de la aldea.

Al entrar, Sophie vio que habían abierto las ventanas para que la fresca brisa lo inundara todo. Tragó saliva al percatarse de que en el centro de la estancia había una gran cama elevada cubierta de cojines de todos los colores.

La única luz provenía de una lámpara de aceite y el aire estaba impregnado de olor a incienso que se quemaba en un rincón.

—No te estás arrepintiendo, ¿verdad? —sonrió Javier.

Sophie lo miró.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —Sólo esta noche.

—¿Y luego?

No debería haberle hecho aquella pregunta.

Era suficiente con disfrutar de aquella noche.

—Ya lo sabes —contestó Javier poniéndole las manos en los hombros y dándole besos por el cuello—. Luego, vuelta a Lima y a España. ¿Por qué? ¿Ya estás harta de mí?

—No, creo que podría aguantar otra noche —bromeó Sophie—. No me va a pasar nada porque me administren una dosis más de ti.

—¿Y qué ocurriría si subiéramos esa dosis, doctora?

Sophie sintió que se le aceleraba el corazón.

—Yo… no lo sé —murmuró mirándolo a los ojos—. ¿Sería seguro?

—No lo sé —dijo Javier acariciándole los brazos lentamente—. No he hecho un examen completo todavía.

—¿Ah, no?

—No —murmuró Javier sonriendo con picardía—. Ha llegado el momento de abrir bien la boca y decir ah.

Sus labios se encontraron con pasión y Sophie se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos.

Jamás hubiera creído que iba a alcanzar el clímax tan rápidamente y tuvo que aferrarse a él para no caer al suelo. Echó la cabeza hacia atrás y gritó, primero de sorpresa luego de éxtasis mientras los violentos espasmos avanzaban por todo su cuerpo.

Javier la besó y no dejó de decirle cosas en español, algo que no hizo sino intensificar el placer de Sophie.

—Recuérdame que me replantee mis técnicas de examen —bromeó—. Cualquiera diría que has tenido que esperar mucho.

—Y así ha sido. Casi un día.

—¿Tanto? Me aseguraré de que no se vuelva a repetir, pero primero…

—¿Qué?

—Un baño. Estás llena de barro, querida, y aunque me encantaría quitártelo con la lengua creo que bañarte también va a ser un gran placer…

—¿Tú crees que podemos bañarnos?

—No creo que haya problema —dijo Javier tomándola de la mano y conduciéndola fuera de la cabaña—. Cuando los indígenas me han preguntado qué nos gustaría que nos trajeran, sólo se me ha ocurrido una cosa.

Sophie lo siguió y comprobó que al lado de la cabaña, sobre una plataforma, había un gran balde con agua caliente cuya superficie estaba cubierta de pétalos.

—¿Cabremos los dos? —dijo Javier.

—Eso espero —contestó Sophie. —¿Quieres que te desnude?

—Oh… —suspiró Sophie cuando Javier comenzó a quitarle la ropa.

Sophie se estremeció de placer cuando terminó de quitarle las braguitas.

La tomó en brazos y la introdujo con cuidado en el, agua. A continuación, se desnudó también y se reunió con ella.

La tomó entre sus brazos y la sentó sobre él a horcajadas. Tomó ambos pechos en las palmas de sus manos y comenzó a juguetear con sus pezones sin dejar de mirarla a los ojos, extasiado por el placer que vio reflejado en ellos.

Sophie se dio cuenta de que tenía la respiración entrecortada. Lo deseaba más que nunca. Quería que la besara y la acariciara.

—Te he echado mucho de menos —admitió.

—Yo también —contestó Javier—. Tienes razón… un día es demasiado… sobre todo, porque tienes unos pechos espectaculares… —añadió deleitándose en la obvia prueba de la excitación de Sophie—. Has nacido para esto… has nacido para mí… —sentenció tomando uno de los pezones con la boca—. ¿Te atreves a negarlo? —bromeó.

—No —contestó Sophie.

Al cabo de un rato, cuando sus cíclicos gemidos le indicaron que estaba disfrutando, la miró. Sophie no podía hablar.

—Ahora, te voy a enjabonar… —anunció.

¿Aguantaría más? No estaba segura. Cuando sintió los labios de Javier en el cuello, dio un respingo.

Sentir la esponja por todo el cuerpo fue una experiencia electrizante. Javier no dejó ni un solo milímetro de su cuerpo sin enjabonar.

Sophie no protestó cuando la tomó por la cintura y la colocó en la postura que él quería para dejarla caer poco a poco hasta que estuvo completamente saciada por su masculinidad.

—Esta sensación es increíble, la sensación más increíble que he tenido en mi vida —dijo Sophie apoyando la cabeza en su hombro.

—Todavía te queda mucho por sentir, te lo prometo —murmuró Javier volviéndola a levantar y volviéndola a dejarla caer.

—Otra vez —lo urgió Sophie.

—Muy bien —dijo Javier repitiéndolo una y otra vez.

Sophie quería ir más rápido, pero sabía que Javier estaba

decidido a aguantar para darle placer. Cuando la tomó en brazos y la llevó la cama, Sophie ni se dio cuenta.

—¿Y el baño? —preguntó medio adormilada.

—¿Qué baño? —bromeó Javier—. No hay agua.

—¿Y eso? —suspiró Sophie confundida.

—No sé —murmuró Javier con ironía—. Tal vez, la hayamos sacado toda de la bañera haciendo esto —añadió apretándole las manos mientras la penetraba.

Y aquella vez sí que infligió un ritmo frenético a sus movimientos, llevándolos a los dos donde ambos querían estar, hasta que Sophie gritó de placer y alcanzó el orgasmo bajo su cuerpo.

—No me lo puedo creer —murmuró Sophie un rato después, cuando ambos estaban abrazados en la cama mirándose a los ojos.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

—No hace mucho tiempo, me bastaba pensar con que un hombre me iba a tocar para que me diera asco… pero ahora…

Javier la abrazó con fuerza y la besó en la frente.

—No puedo soportar que me digas cosas así —murmuró—. Me hubiera gustado estar allí para protegerte.

—Me basta con saber que ahora estás conmigo.

—Quiero demostrarte que el amor no tiene nada que ver con la posesión y con la violencia —dijo mirándola a los ojos—. El amor debe ser algo tierno y bonito entre dos personas, algo exquisito, sensacional y divertido, pero jamás cruel, Sophie, jamás desagradable.

—Tú eres muy agradable —sonrió ella—. Gracias.

—No me des las gracias —dijo Javier besándola.

Sophie no dijo nada pues segundos después estaban haciendo el amor de nuevo, que era lo único que le importaba en aquellos momentos pues Javier la hacía sentirse completa.

—¿Qué es eso? —preguntó Sophie al cabo de un rato.

Se trataba de un frasco de barro que había junto a la cama.

—¿Lo habrán dejado por si tenemos hambre?

—No es comida —le explicó Javier.

—¿Qué es?

—Algo que te han dejado los indígenas para animarte.

—¿Para animarme? —dijo ella tomando el tarro entre sus manos

y dejándolo en las almohadas entre ellos.

El frasco desprendía un delicioso aroma que pronto se apoderó de toda la estancia.

—¿Y qué se hace con esto? —quiso saber Sophie. —Date la vuelta y te lo demostraré —contestó Javier.

Sophie lo miró con curiosidad y obedeció. Observó cómo Javier metía los dedos en el tarro y le mostraba una sustancia que tenía consistencia de crema.

—Se puede comer —confirmó chupándose los dedos.

Sophie se volvió a girar y descansó la cabeza sobre las manos.

—Ahora me toca mí —murmuró—. Está delicioso. No entiendo…

—Se utiliza para masajear a la novia la noche de bodas —le explicó Javier—, para aumentar las sensaciones, para prepararla.

—Un poco tarde.

—No tiene por qué —murmuró Javier—. Además, sería de muy mala educación por nuestra parte rechazar un regalo.

—¿Crees en sus propiedades?

—No lo sé —contestó Javier fingiendo perplejidad—. Tal vez, tendríamos que hacer algunos experimentos.

—¡Javier!

Demasiado tarde. Javier ya le estaba untando la crema por todo el cuerpo con decisión.

—Según el ritual, hay que masajear a la novia con una crema que se saca de un árbol muy especial. Por lo visto, esa crema tiene propiedades mágicas —murmuró.

—Me parece que es verdad —dijo Sophie con la respiración entrecortada.

—¿En serio? —dijo Javier parándose a mirarla.

Sophie sentía el cuerpo más vivo que nunca.

—En serio —admitió—. Al fin y al cabo, esa gente lleva utilizando estas cosas durante miles de años, así que, ¿quién soy yo para decir lo contrario?

—¿Es lo último que tienes que decir?

—Por el momento, sí —concluyó Sophie besándolo con pasión.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Javier mucho después.

—Ha sido impresionante —contestó Sophie sinceramente.

Javier, tumbado a su lado, la miró a los ojos y le acarició la cara.

—Por favor —rogó Sophie sintiendo que se volvía a excitar.

—¿Por favor? —repitió Javier como si no supiera lo que ella quería.

—Sabes a lo que me refiero…

—No seas avariciosa —bromeó Javier.

—Pero…

—¿Pero qué querida?

—No me hagas suplicar —sonrió Sophie.

Javier sonrió también mientras le acariciaba el cuello y el escote.

—Te advierto que…

—¿Que qué? —bromeó Javier.

—No puedo… —dijo Sophie haciendo un supremo esfuerzo e intentando levantarse de la cama.

—¿Dónde crees que vas? —dijo Javier tirando de ella y colocándose sobre su cuerpo.

—Por la visto, a ninguna parte. ¿Y ahora qué? —le soltó Sophie.

—Y ahora esto —contestó Javier lamiéndole un pezón.

Mientras con las manos le acariciaba el otro pecho, Sophie sintió que se iba a derretir de placer. No podía anticipar lo que iba a sentir cuando Javier comenzó a desplazarse por su cuerpo.

Cuando llegó a su pubis, Sophie le pasó las piernas por los hombros y las separó invitándole sin vergüenza. Cuando sintió su lengua sobre el clítoris, supo que estaba perdida.

Se rindió a las sensaciones y dejó que Javier tomara el control. Era un hombre tan experto que estaba dispuesta a seguirlo allí donde hiciera falta y a hacer lo que quisiera.

Sophie gritó su nombre y le rogó que la penetrara. Javier la miró a los ojos y cuando vio en ellos necesidad y confianza se adentró en su cuerpo de una sola estocada.

Cuando comenzó a amanecer, volvieron a la realidad. Fue como salir de un sueño. Con la luz del día, Sophie comprendió que había vuelto a convertirse en amante de Javier y nada más.

Era imposible que hubiera nada más entre ellos por mucho que ella quisiera fantasear con la posibilidad.

Javier ya se había levantado y estaba moviendo las sábanas frenético.

—¿Qué te ocurre?

—He perdido la pulsera —contestó.

Sophie se puso en pie de un salto y lo ayudó a buscarla.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Creo que ha podido ser en el río… —¿Quieres que vayamos a mirar?

—No nos da tiempo. Tenemos un avión esperándonos para volver a Lima.

—Oh, Javier —se lamentó Sophie yendo hacia él. —No me toques —dijo él girando la cabeza. —Quiero ayudarte, necesito hacerlo y lo voy a hacer —le aseguró Sophie abrazándolo por detrás y descansando la cabeza sobre su espalda.

—Podría haberlo salvado…

Javier estaba hablando en voz tan baja que Sophie tuvo que hacer un esfuerzo para escucharlo. —Si hubiera sido médico entonces, cuando mi hermano tuvo el accidente de coche, podría haberlo salvado.

—Eso no lo sabes. Además, tú no tuviste la culpa.

—Era mi coche…

—Sí, pero fue mi padre quien le dijo a Armando que te quitara las llaves —lo interrumpió Sophie.

¿Cómo olvidarlo? Cuando se produjo el accidente, había habido rumores muy crueles que aseguraban que Javier le había dado las llaves a su hermano pequeño, pero Sophie sabía la verdad y había tenido que vivir con ella, exactamente igual que él.

Su propio padre, el sinvergüenza que le había arruinado la vida a su madre, había atormentado al travieso adolescente hasta que Armando había accedido a quitarle las llaves de su deportivo a su hermano.

Sophie recordaba aquel día perfectamente. Recordaba estar sentada con su madre en el jardín y ver pasar el potente deportivo. Armando había saludado con la mano por la ventana en actitud desafiante mirando a su padre, que estaba en el porche.

Poco después, se había estrellado.

Su padre, con sentimiento de culpa, había terminado confesándole a su madre la parte que él había jugado en aquel

horrible desenlace. Su madre, que había aguantado de todo durante aquellos años, no pudo con aquello y la muerte de Armando significó el divorcio de sus padres.

—Podría haber sido lo que hubiera querido… podría haber sido médico…

—Javier —le dijo Sophie acariciándole el rostro—. No te tortures. No puedes hacer nada para cambiar el pasado, pero estás haciendo muchas cosas para cambiar el futuro. Estás construyendo un verdadero monumento en honor a tu hermano y nadie se olvidará jamás de quién fue Armando.

—Me tengo que ir —dijo Javier—. Con o sin su pulsera, me tengo que ir. Debo volver a España. No tiene sentido comenzar un programa de formación de médicos si no estoy allí para coordinarlo…

Sophie lo dejó hablar, contenta porque hablara del futuro y no del pasado.

—No quiero que pierdas ese vuelo —le dijo—. Seguro que encontrarás a alguien que se haga cargo de la clínica aquí.

—¿En quién estás pensando?

—Creo que en la misma persona que tú.

—¿En Henry?

—¿Por qué no? —sonrió Sophie—. Es un excelente profesor y un médico fabuloso.

—¿Y tú? ¿Qué vas hacer tú ahora?

Sophie se quedó mirándolo, esperando a que Javier le dijera lo que ella tanto ansiaba oír.

—¿Ha cambiado Henry tanto que te gustaría volver con él?

Aquello era lo último que Sophie esperaba oír.

—No sé cómo te atreves a decir eso.

—Contéstame —insistió Javier.

—¡Por supuesto que no! Además, Henry está con Anna.

—¿Ah, sí?

¿Es que los hombres no se daban cuenta de nada?

—No quiero volver con Henry. Me de igual que haya cambiado o no, me de igual que esté con Anna o no. Quiero estar contigo, Javier —le espetó— y si tú no te has dado cuenta…

Javier la miró y la besó con pasión.

—¿Por qué quieres estar conmigo? —le preguntó con mucha

más calma.

—Sólo Dios lo sabe —bromeó Sophie sonriendo—. Tal vez sea porque me vuelves loca.

—Bien. Me alegro de que en eso estemos de acuerdo —sonrió mirándola a los ojos—. Sophie, tengo prisa y debes decidir si quieres venir conmigo o no.

—¿Me puedo vestir primero?

—Sólo para que tenga el placer de desnudarte cuando me lo supliques —contestó Javier.

—No albergues esperanzas de que eso ocurra en el avión.

—¿Ah, no? —No.

Javier se encogió de hombros.

—Antes de que nos vayamos, hay un regalo para ti en el fondo del frasco de crema. —¿De verdad?

—De verdad, venga, mira a ver qué es —la instó metiendo la mano en el frasco y sacando algo.

—¿Qué es? —dijo Sophie mirando por encima de su hombro.

—¿No lo sabes? Cierra los ojos.

Sophie los cerró y Javier le puso_ algo entre las manos. Era duro y cálido. Sophie abrió los ojos y no pudo ahogar un grito de sorpresa.

—¿Qué te parece? —murmuró Javier—. ¿Sabes lo que es ahora?

Sophie se quedó mirando la piedra verde.

—Parece una esmeralda en bruto.

—Correcto. No quería aceptarlo, pero los indígenas insistieron. Es un regalo.

—¿Para ti?

—Para nosotros —contestó Javier—. ¿Qué te ocurre? —añadió al ver que Sophie se había puesto triste.

—Estaba pensando en mi contrato, en todo el trabajo que todavía me queda por hacer aquí, en esta gente que tanto nos necesita…

Javier la interrumpió con un beso.

—Yo he prometido a algunos de ellos que los iba a formar como médicos en España y debo cumplir mi palabra. ¿No me quieres ayudar? Te necesito mi lado. La gente de por aquí te conoce, te quiere y confía en ti. Dejarán que sus hijos viajen a España si saben que tú formas parte del programa de formación.

—Me encantaría, pero, ¿tenemos suficiente gente en la clínica?

—Van a llegar más médicos voluntarios.

—¿Y mi contrato?

—Por eso no hay problema —le aseguró Javier—.

Además, ya me va apeteciendo verte con un vestido, con un vestido muy bonito.

—Eres un machista —bromeó Sophie.

—Vaya, perdona, tal vez se me había olvidado que tú eres una de las pocas mujeres del mundo a las que no les gusta ir de compras, ¿verdad?

—¡Ir de compras!

—¿Ves? —murmuró Javier con satisfacción. Sophie volvió a mirar la esmeralda. —Esto debe de costar una fortuna. —Es un regalo —le recordó Javier.

En su mundo, aquella piedra efectivamente costaría una fortuna, pero allí su valor era todavía mayor porque los indígenas se lo habían regalado en prueba de confianza y agradecimiento.

Sophie se dio cuenta de que amaba a aquel hombre pues daba a los demás mucho más que su dinero, les daba su corazón.

—Es un regalo maravilloso, Javier.

—Sí —dijo él—. Intenté explicarles que a lo mejor tú no querías…

—¿No quería que?

—No querías casarte conmigo —confesó Javier—.

Ha llegado la hora de la verdad. Sophie, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Sophie.

Javier la tomó en brazos y no paró de besarla hasta que se fueron a tomar el avión.

Sophie estaba pletórica, pero decidió que no había nada que le apeteciera más en aquellos momentos que encontrar la pulsera de Armando y devolvérsela a su futuro marido.

Los indígenas habían llevado la furgoneta, que apenas tenía unos rasguños, y Javier y Sophie se acercaron a la clínica para despedirse de los demás antes de dirigirse a Lima y a su nueva vida en. España.

—No tenemos mucho tiempo, así que vamos a tener que darnos

prisa —le dijo Javier.

La inundación ya estaba controlada y sus compañeros los estaban esperando. Sophie se quedó hablando con Lola mientras Javier le pidió a Henry que lo acompañara al interior de la clínica para preguntarle si quería quedarse al mando.

—Te he hecho la maleta —le dijo Lola a Sophie.

—Muchas gracias, Lola —contestó Sophie viendo que había numerosas bolsas por el suelo—. ¿Qué es esto?

—Cosas que nadie ha reclamado.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Por supuesto.

Sophie se apresuró a rebuscar entre las bolsas mientras Javier seguía en su despacho con Henry.

Al cabo de un rato, cuando ya había perdido las esperanzas, vio la pulsera y la apretó entre los dedos.

Aquello para Javier era mucho más valioso que la esmeralda. Aquella pulsera no tenía precio.

Javier y Sophie se desplazaron hasta Lima en el aparato de Evie y una vez en la capital peruana se dirigieron al avión privado de Javier que había de llevarlos a España.

Una vez allí, Javier indicó a la tripulación que no los molestaran durante el vuelo y llevó a Sophie a su dormitorio, donde había una gran cama.

—Va a ser un vuelo muy largo —sonrió.

—Mejor —murmuró Sophie apretándose contra su cuerpo.

Epilogo

MIENTRAS se miraba en el espejo, Sophie pensó que Javier había sido demasiado generoso. Tras una semana entera de compras por Barcelona, tenía la habitación llena de ropa nueva y un vestido de novia impresionante que le había diseñado en exclusiva uno de los mejores modistos de España.

Se había dejado crecer el pelo y llevaba la tiara de diamantes de la familia de Javier que le servía para sujetar el velo de encaje suizo que había pertenecido a su madre. En el dedo anular lucía la fabulosa esmeralda que Javier había hecho pulir y engarzar para ella.

—Estás preciosa, cariño.

—Oh, mamá, espero que tú estés tan feliz como yo.

—Lo estoy.

—¿De verdad? —dijo Sophie abrazando a su madre.

Su madre le apartó unos mechones de pelo de la cara y sonrió orgullosa.

—¿Cómo no lo voy a estar cuando te miro y veo que te has convertido en una mujer maravillosa?

—¿No te importa que me quede a vivir en España? ¿No te vas a encontrar muy sola?

Su madre le aseguró entre risas que no.

—¿Seguro?

—Seguro, cariño. No voy a tener tiempo de sentirme sola porque la madre de Javier ya me ha pedido que la acompañe al Rancho del Cóndor. Ha llegado el momento de que te vistas. Tu futuro marido debe de estar impaciente.

—Sabes que puedes venir a vernos siempre que quieras —dijo Sophie abrazando de nuevo a su madre—. Javier me ha dicho que

quiere que cuando vayas al Rancho del Cóndor con su madre también vayas a ver la clínica.

—Deja de preocuparte por mí —sonrió su madre comenzando a desabrochar los diminutos botones que el vestido de novia de Sophie tenía en la espalda—. Estoy bien. Concéntrate en tu trabajo como médico, Sophie, en toda la gente que te necesita. Tenéis mi bendición como marido y mujer, así que, ¿a qué estás esperando, jovencita?

Dicho aquello, su madre la dejó a solas y fue reunirse con el resto de los invitados, que la esperaban reunidos en el palacio que la familia Martínez Contreras tenía en Barcelona.

—¿Puedo pasar?

—Javier —dijo Sophie.

—Gracias por estar tan guapa, por ser tan agradable con nuestros invitados y por haberte convertido en mi esposa.

—Deja de mirarme así —le advirtió Sophie.

Sabía perfectamente que ambos estaban pensando en lo mismo, pero tenían que llegar al aeropuerto para dirigirse a la isla tropical que habían elegido como destino de su luna de miel.

—No tenemos tiempo —le dijo besándolo.

—Te falta algo —murmuró Javier.

—Sí, lo tengo aquí —contestó Sophie poniéndose el precioso chal peruano por encima.

—Déjame a mí —dijo Javier abrazándola—. Date prisa y termina de vestirte o no respondo de mis actos.

—Antes de irnos, quiero darte una cosa —le dijo Sophie.

—¿De qué se trata? —dijo Javier frunciendo el ceño al ver que Sophie se había puesto muy seria.

—Toma —contestó Sophie depositando algo en su mano.

Javier se quedó mirando la pulsera de cuero de su hermano. La tomó y la apretó contra su corazón.

—¿Cómo puedo agradecerte esto? —murmuró.

—Lola la encontró y yo la hice reparar. ¿No te la vas a poner?

—Ya no necesito llevarla puesta —contestó Javier guardándosela en el bolsillo—. Armando estará siempre en mi corazón y en todo lo que tú y yo hacemos en su nombre. Eso lo he aprendido de ti, Sophie. Tú me has enseñado a mirar hacia adelante y no hacia atrás y, aunque la pulsera de Armando seguirá siendo

siempre uno de mis objetos más queridos, su verdadero legado es nuestra unión y el programa de formación de médicos.

—Te quiero, doctor —murmuró Sophie besándolo.

—Y yo a ti más, doctora —contestó Javier sonriendo—. ¡Adiós a nuestro vuelo! —añadió tornándola en brazos.



SUSAN STEPHENS. era cantante profesional antes de conocer al que sería su marido en la pequeña isla de Malta.

Muy al estilo de sus novelas, se conocieron un lunes, se comprometieron un viernes y se casaron tres meses después. Aún siguen muy enamorados el uno del otro.

Le gusta viajar, ir a espectáculos y sobre todo escribir. Para relajarse, toca el piano, cocina o lee. Y para quitarse el estrés, se lanza montaña abajo con sus esquís, o galopa por la pradera cantando en voz alta.